

EL PLATA SERAFICO

GRATIA PLENA + SINE LABE CONCEPTA



ROSA MYSTICA + DOMUS AUREA



MARIA INMACULADA

8 DICIEMBRE 1854

8 DICIEMBRE 1904

EL PLATA SERÁFICO

Director : Fr. Pacifico Otero

Noviembre y Diciembre.

Año V, números 63-64.

HOMENAJE

ANTE el gran acontecimiento de resonancia mundial, EL PLATA SERÁFICO se estima en el deber de consagrar estas sus páginas a la que es *flos rosarum et lilium callium*.

Su filiación mariana no puede ocultarse; se patentiza. ¿No ha nacido a la sombra del claustro franciscano? ¿No respira por ventura el ambiente que perfumó la ternura de Fr. Cayetano, la exquisitez del P. Hidalgo, el clasicismo del P. Barrientos?

Y éste y otros muchos que yacen con sus restos bajo la fría baldosa que pavimenta al cenobio, ¿no representan en el Plata la escuela que, con Escoto a la cabeza, durante siete siglos, militó por la pureza original de María?

El tributo es humilde. Apenas significa un esfuerzo, un vuelo de alas que no han sentido el azote del vendaval en las alturas.

Pero, ¿acaso la pobreza del ropaje es siempre indicio de la pobreza del alma?

Más que el polvo del genio, es preferible muchas veces el polvo del corazón. Pues bien, éste y únicamente éste, deposita EL PLATA SERÁFICO con amor filial ante el 50º aniversario que conmemora la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

¡Coincidencia! Con tan fausto acontecimiento, EL PLATA SERÁFICO completa su primer año de vida en la existencia que viene desarrollando con su nuevo título y el sexto en la sucesión del que antes se intituló *El Tercio Franciscano*.

Apuntamos esta circunstancia para que nuestros lectores imploren de la Virgen la protección que reclama la vitalidad de esta revista.

FR. PACÍFICO OTERO.



La INMACULADA de C. Müller

Escoto, el sutil doctor de la Orden Seráfica, aparece á los ojos de la historia, y quedará en el concepto de las generaciones, como autor principalísimo de la creencia en la Concepción Inmaculada.

Indudablemente la Orden de los Franciscanos siente por María la devoción propia del alma poética ó inefable anidada en el gloriosísimo San Francisco. Era éste una especie de místico poeta, que sabía la idea dejada por los astros en sus eclipses, el incienso contenido en el cáliz de las flores, el *Te Deum* entonado por el coro de las aves, el espíritu religioso puesto por la vida, por el Sér universal hasta en lo más inanimado é inerte, porque á los ojos de tan piadoso penitente apareciase como un templo el universo, y los ecos y los rumores y los susurros de todo cuanto vibra y suena como un concierto de órganos y como un repique de campanas acompañando á la plegaria universal dirigida por todas las criaturas consciente é inconscientemente á su Divino Creador. Quién alguna vez se haya encontrado en el campo, á la hora de anochecer, y cuando los últimos arboles en el occidente se apagan y los primeros astros lucen, haya oído esa campana de la Ave María, que tantas veces le habrá con su evocación sacratísima patentizado en las nubes ó en las retinas el recuerdo vivo de la Virgen, hecha una imagen de relieve y de bulto, con su túnica de azucena, con sus sandalias de oro, con su manto de cielo, con su corona de astros al rezar en la efusión de fe que á todos nos inspira nuestra educación católica, ¿olvidarás del divino San Francisco, institutor de tan piadosa costumbre, ya tradicional en todas las iglesias del mundo? »

EMILIO CASTELLAR.



María

LA vida del Cristianismo, al desenvolverse arrastrando con el empuje de su poder las almas y las conciencias, nos transporta al empero de sus visiones y de sus encantos y nos hace gustar del más alto idealismo de sus ensueños.

Tras del muro infranqueable de sus preceptos, entre el concierto de sus penitencias y austeridades, no obstante su ascetismo rígido y al parecer escuálido y tenebroso, ¡cómo sabe ofrecernos aúrulos de ternuras, cantos de esperanza, efusiones de afectos que dan carácter á su entidad, y lo convierten en la religión más ampliamente maternal, más hondamente sensible !

La institución divina que ha visto á sus plantas rendidos los combatientes de veinte siglos, que en las manos de Jerónimo colocó la piedra de sus tormentos y en las de Ignacio el azote de sus martirios, la que no capituló jamás con la cobardía y palmas de gloria nunca quiso colocar en los pechos de los cobardes á las luchas del Coliseo, lanza la nota más simpática al corazón, cuando, rasgando el impúdico velo del materialismo, entre nubes que el arrebol colora, nos

señala á la hija primogénita del Eterno llenando la mente de Dios, dando motivo de acción á la diestra del Excelso, y á la humanidad caída, proscripta, incierta de su porvenir y de su suerte, levantándola hasta la incorporación con el Verbo, con la persona misma de Dios.

Muchas veces, allá en el silencio de mi alma, en el retiro de mis afectos, me he preguntado: ¿Por qué María es algo así como el *alma mater* del Cristianismo? ¿Por qué al mirarla el corazón se dilata, las fuerzas se tonifican, las angustias se endulzan y todas las dudas se desvanecen y concluyen? ¿Por qué tan poderosa Ella que es ligera como un aliento, delicada y sensible como la flor que abre sus pétalos al rocío de la mañana?

La razón del hombre es sin duda la cumbre más alta de su personalidad. Alumbrada por su luz, esta inteligencia, que á veces llega hasta las elevaciones del genio, puede sondear arcanos y misterios que tengan al cielo por techo y á la tierra como único ambiente á su horizonte; pero si trata de penetrar en lo infinito, ¿qué puede ella, cóndor sin alas, para revolotear en torno de los misterios del Altísimo?

Buscad la fe, seguid el derrotero que os señala con las reverberaciones de sus lampos y os explicaréis los acontecimientos más imposibles, los misterios más insondables, las rotaciones más incesantes y secretas.

Solamente así nos daremos razón de una *Tota pulchra*, de una mujer que no tiene de tal más que el carmín de sus labios, la palidez de su frente, los bucles de su cabello. Unicamente así nos explicaremos que en la plenitud de los tiempos, mientras Roma se divierte en las últimas orgías de su imperio, y el Oriente se ilumina con las postreras reverberaciones de sus ensueños, nace en Hebrón, sin *fomes peccati*, sin contaminación adámica, pura en la carne que la envuelve y más pura en el espíritu que la anima, María, que llenó con sus encantos los siglos de la esperanza como llenaría después con sus gracias los posteriores á la hora de la redención y de la promesa.

Para juzgar á María en su justo valor, no hay que subir al Calvario; mucho menos seguirla entre las oleadas de las turbas, entre el canto y las plegarias de las madres.

Ella en Nazaret, levantándose con los primeros albores del día y buscando el lecho con los últimos ocasos de la tarde, Ella, así, leyendo las Escrituras en el templo, Ella hollando con sus plantas las arenas en el Egipto, es bella, esencialmente bella, y entre todas las hijas de Israel, entre Judit y Débora, entre Raquel y Sara, luce como el lirio más blanco y se destaca como la palmera más alta. Pero cuando se sabe que si se reclinó en un pesebre y los ángeles y pastores se postraron á sus plantas, cuando se considera que si el Calvario formó pedestal á su dolor y la vida evangélica del Cristo ofrecióle tanto motivo para tejer la azarosa odisea de su existencia, fué sólo porque ha sido Inmaculada, su nombre se incrusta más en el mármol de los siglos, su figura se agiganta indefinidamente más en el cielo de la historia, y aquí, aquí, en el corazón del hombre que la adora, no hay latidos suficientes para contar sus gracias, ni labios, ni lenguas, ni pechos para proclamarla bendita en sus ternuras.

¡Qué obra estupenda se realizó con su concurso en el silencio de los mundos! ¿Quién puede, sin deslumbrarse, asistir á esa encarnación del Verbo, que toma su carne purísima y se reviste en las sombras de su seno, con el ropaje mortal de Redentor? Si la trasmisión de la culpa adámica hubiera corrido por la sangre de sus venas, ¿la esencia de su Dios se hubiera puesto en comercio, hubiera celebrado contrato, con la esclava de su poder, con el objeto viviente de su ira y de su indignación? ¿Qué hubiera tenido de singular María entre todas las mujeres, si en la corriente de la impureza su corazón se hubiera visto enlodado con el cieno de todas las miserias?

No de otro modo que Inmaculada, sin desorden en su naturaleza y en su personalidad, nos es dado concebir á la que el ángel saludó bendita entre todas las mujeres.

¿Dudaremos de la afirmación del Altísimo? Ante el testimonio de los profetas, de las figuras, de las encarnaciones y de los símbolos, que la vinieron preparando en el curso de cuatro mil años, ¿no se rendirá esta razón que Dios nos ha dado para que busquemos siempre lo mejor y más perfecto en las obras misteriosas de su diestra? Si para el niño, María encierra el secreto de un encanto, si para la doncella pudorosa,

su visión es ensueño confortante, si para el que navega entre peligros, su nombre es recuerdo de esperanza, si para todos es arca que guarda los tesoros, templo que recoge las lágrimas, tienda que alberga á los proscriptos, nave que salva á los náufragos; si amándola el sabio, se ilumina en sus conocimientos, el artista se perfecciona en sus ideales, y el vate se agiganta en sus estrofas, busquémosla para que llene las auras del espíritu ó ilumine los nublados de la conciencia.

No sé si el mundo ha necesitado alguna vez, más que ahora, del manto turquí y luminoso de María.

La descomposición social, el desborde de las pasiones, la lucha de los odios, el humo de las concupiscencias, las tumbas de los suicidios, los espectros de la locura, los refinamientos del paganismo, los desastres de la anarquía, todo, todo nos acusa un estado morboso en las almas, en los diversos subsuelos y clases de la sociedad.

¿Diremos por-esto que el mundo concluirá con su existencia? La Providencia que vela desde lo alto, y señala con su dedo, la marcha de los pueblos, ¿no tendrá á su alcance un recurso para sanar á las naciones y encaminar, sin destruir las, á las humanas libertades?

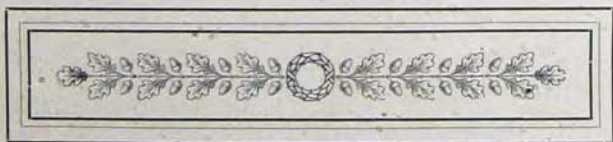
Retrocedamos con la mirada al Calvario. Las nieblas del dolor circundan al Mártir. Los labios moribundos se entrea-bren, y la Mujer que extática se descubre á sus pies, recoge los acentos con que el Justo le confía á su cuidado la humanidad, desde esa hora redimida.

¿Cumplió su misión de Madre la Virgen del Calvario? ¿María se acercó á las almas enfermas para curarlas con sus dulzuras? La respuesta está cincelada en todas las páginas del libro de la historia.

El corazón con sus latidos, los ojos con sus lágrimas, las cunas con su inocencia, las aulas con sus maestros, los presidios con sus cárceles, los hospitales con sus lechos, las tumbas con sus cenizas, los altares con sus cirios, los jardines con sus perfumes, los cenobios con sus celdas, los museos con sus reliquias, los mares con sus abismos, las montañas con sus cumbres, en singular concierto, pregonan sus favores, sus maternales solicitudes, sus finísimas ternuras.



San FRANCISCO de Murillo



Es imposible hablar de regeneración social, de mejoramiento espiritual en los pueblos, sin que María no llene el horizonte de las dichas, el cielo de las esperanzas que se persiguen.

Asociada substancialmente á la obra redentora del Verbo, claro está que la prolongación de la misma en el espacio y en el tiempo lleve aparejada á la Virgen singularísima sin cuyo *fiat* misterioso la cumbre del Gólgota no hubiera alboreado con rayos de libertad en la historia.

Cuando la Hostia del amor se levanta irradiando blancura en los altares, cuando la palabra de luz y de perdón se desprende de los labios del sacerdote, cuando los arenales del desierto ó la maleza del bosque se ofrecen á la planta y á la huella del misionero, cuando las espirales del incienso buscan el espacio y en fraternal abrazo se mezclan y confunden con las nubes, cuando tanto misterio en la vida del Cristianismo descorre sus velos y disipa los nublados, nadie como Ella se refleja vivísima en el culto, en el perfume, en la palabra y hasta en la nota musical que llena los mundos y nos transporta al cielo, á la claridad de lo infinito.

Cuanto viva el Cristianismo, cuanto se dilate la esperanza y la fe en la obra regeneradora que tiene por piedra angular á Jesucristo, vivirá y se dilatará su memoria, su influencia providencial de virgen y de madre. Si queremos castidad para los pueblos, si buscamos pudor para las vírgenes, si ambicionamos escudos para la inocencia, si á gritos y con ansias reclamamos perdón para los crímenes, no nos olvidemos de la que lleva en sus manos el lirio de la virginidad y en el fondo de su sér encendidas las entrañas de la más amplia y profunda misericordia.

La cultura de un pueblo, la civilización de un estado, se acrecentará prodigiosamente á medida que las muchedumbres invoquen su nombre é imiten sus virtudes. Cuando tengamos esposas sin mácula, madres sin egoísmo, cuando la doncella la refleje en el pudor y la hija en la placidez del encanto, cuando el caído levante hacia su rostro la mirada y el proscrito, el angustiado, el circuido por el infortunio y el quebranto estampe con amor un beso de esperanza en la orla de su vestido, Ella, que es el refugio de los pecadores,

en comunión inefable, nos acercará hacia sí para alimentarnos como una madre junto á sus pechos con el néctar de sus amores.

Maria no puede sustraerse á las plegarias de las almas, al voto de los pueblos.

La herencia que le ha trasmitido el Cristo, la familia, que ha puesto á la sombra de su cuidado, es demasiado débil para bastarse á sí misma; y Ella, la sin par entre las mujeres engendradas por Eva, sobradamente misericordiosa para no recoger de nuestro llanto las lágrimas, y de nuestros infortunios, la angustias.

Dejemos entonces que las oleadas de la sociedad nos arrastren hasta las arenas de sus playas, no pongamos obstáculo al impulso del corazón que inquieto la busca y la reclama, y en estas horas del mundo, entre la tarde que concluye y el ocaso que se levanta, su luz dirá esperanzas, su influencia, bendición, su acento, dulzura.

Más que las flores de los jardines de la tierra, más que la cera de las colmenas, más que el humo del incienso, las notas de los himnos y los lampos del pensamiento, llevemos á su altar almas desgarradas y contritas, conciencias rehabilitadas por el llanto, pechos henchidos por el amor y la efusión sacrosanta de la plegaria.

Así, la que es Inmaculada en sus latidos, la que lleva en sus venas sangre que jamás ha circulado entre miserias, abrirá el tesoro de sus favores y sobre la tierra convertida en templo extenderá, como sombra de pabellón, el manto que cubre su dignidad y nos da á conocer la amplitud y poderío de sus mandatos.

Más que coros de alabanzas, conciertos de pecadores arrepentidos reclama Maria al pie de su altar en el día inmortal del quincuagésimo aniversario del dogma. No nos olvidemos que para proclamarla bendita, tenemos que reconocernos pecadores.

Fray Pacífico Otero

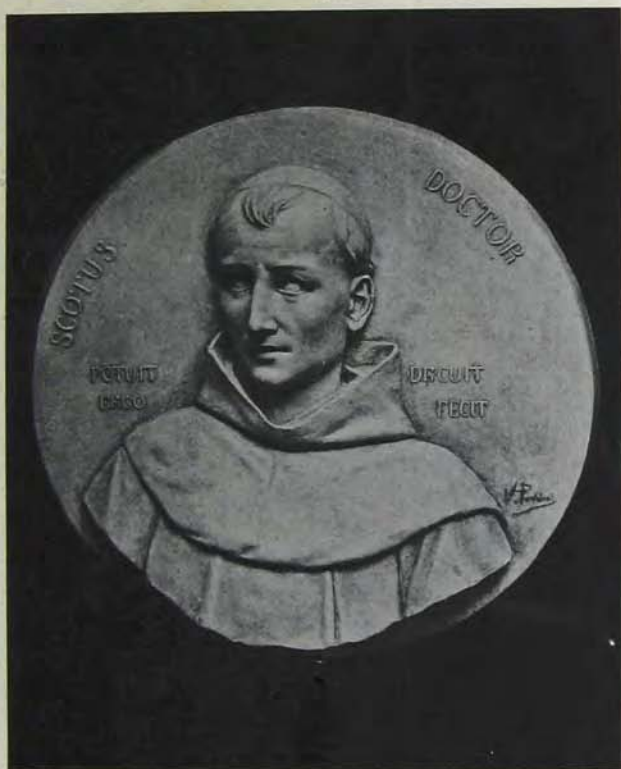


La Inmaculada

del Venerable Fr. JUAN DUNS ESCOTO

El mediador perfectísimo debió realizar el acto de mediar del modo más perfecto, librando á su Santísima Madre antes de la caída. No puedo resplandecer la gloria de perfectísimo mediador, sin que se realice con alguna persona, por quien se media, un acto perfectísimo de mediar; y siendo Cristo perfectísimo mediador, debió realizar el acto de mediar en el grado más perfecto posible, respecto de alguna persona, cuyo mediador era (1). Ahora bien, respecto de ninguna persona debió ejercer este oficio de un modo más alto y excelente, que respecto de María; y no sería así si no mereciese preservarla del pecado original; lo cual se demuestra por comparación á Dios con quien re-

(1) Supone Escoto, aunque no lo exprese, que no se dice menos perfecto el mediador, porque haya preservado de todo pecado tan sólo á la Virgen, de lo que se diría si preservase á todos los hombres. Para cuya comprensión, conviene saber que la perfección de un agente no se considera por lo que obra, sino teniendo en cuenta la virtud que tiene para obrar; así Dios no se dice omnipotente, porque obre todo lo que puede obrar. En efecto, puede hacer muchas infinitas cosas que no hace, sino que se dice omnipotente



El Venerable Fr. JUAN DUNS ESCOTO



concilia; por respecto al mal, del cual preserva y teniendo en cuenta la obligación de la persona que reconcilia.

Se aduce la primera prueba con un ejemplo á semejanza de otro de San Anselmo. Cualquiera que ofende al rey, desmerece, en tanto que el mismo hijo del rey, puede ser desheredado con justicia, si él comete ofensa contra su padre; sin embargo, se establece que esta ofensa sea perdonada, si algún inocente ofreciera al rey algún obsequio tan grato que, colocado en la balanza de la justicia, pesase más que el pecado cometido. Pues bien, alguien ofrece un obsequio tan grato, que merece la reconciliación del hijo con su ofendido padre, y por consiguiente, que no tenga efecto la desheredación, sin embargo, la ofensa habia ya tenido lugar, aunque después sea condonada por los méritos del mediador. Pero, si aquel mediador fuera capaz de aplacar al rey, de tal modo que impidiese el que el rey recibiese ofensa alguna, esto sería sin duda más que lo primero, y no siendo esto imposible, por no derivarse esta ofensa de culpa propia, sino por propagación de otro, no debe negarse que Cristo lo haya hecho con su Santísima Madre.

De lo cual se deduce que ninguno merece el nombre de sumo y perfectísimo pacificador, á no ser que tenga la virtud de prevenir las ofensas y evitarlas; porque si su acción se extiende solamente á aplacar al ofendido, no es pacificador en sumo grado; mas en el presente caso, Dios no se ofende de modo que en sí mismo se produzca algún movimiento de enojo, sino tan sólo por la existencia de la culpa en la misma

porque tiene la virtud de producir todas las cosas que son productibles, y aunque nada crease, siempre sería, no obstante, omnipotente. Sin embargo, convino que en alguna cosa manifestase esta potencia y así la manifestó en la creación del mundo.

Ahora, concretando á Cristo estas consideraciones, se dice que la pasión de Cristo, fué de tanto mérito ante la Santísima Trinidad, que de suyo—si así conviniera á la Divina Sabiduría—era eficaz para preservar á todo hombre de la culpa original. Y por cuanto mereció *de congruo* preservar á cualquier hombre del pecado, se dice perfectísimo reconciliador, tanto cuando preserva, como cuando no. Sin embargo, esta virtud de reconciliador ó de preservar, debió manifestarse en alguna persona como la omnipotencia de Dios en la creación del universo, y ésta debió ser su Madre Virgen.

alma; por consiguiente, Cristo no aplacaría perfectísimamente á la Trinidad de la culpa que contraen los hijos de Adán, si no hace, que la Trinidad no reciba ofensa en alguno, y por consiguiente, que el alma de algún hijo de Adán no tenga tal culpa (2).

El mediador perfectísimo debe exonerar de toda pena al que reconcilia; mas la culpa original es la mayor pena que la carencia de la visión divina, porque el pecado es la pena máxima de la naturaleza intelectual; y si en Cristo resplandeció esta perfección de perfecto reconciliador, debió librar de esta pena gravísima á alguna persona; pero ninguna era más digna que su Santísima Madre. Cristo fué, al parecer, más inmediatamente nuestro reparador y reconciliador respecto del pecado original, que de los actuales, pues comúnmente la necesidad de la Encarnación, Pasión, etc., se asigna al pecado original, y siendo *cierto* que Cristo fué tan perfecto mediador respecto de María, que la preservó de todo pecado actual, lo mismo debemos creer del original.

La persona reconciliada no estará ligada con una obligación suma al mediador, á no ser que sea deudora del bien sumo que el mediador le podía dispensar. Ahora bien, aquella inocencia, esto es, la preservación de la culpa, podía obtenerse del mediador; y por lo tanto, para que se pueda decir que María está sumamente obligada á Cristo, como mediador, hay que confesar que la preservó del pecado original (3).

Y no se diga, que es tanta la obligación de la persona, á quien se le perdona el pecado, como la de aquella de cuyo pecado se le preserva, según aquello de San Lucas, *Aquél á quien más se le perdona más se le obliga*; porque San Agustín, demuestra que los pecados no perpetrados, ó no

(2) Véase la nota anterior.

(3) Cristo se dice principalmente mediador, porque restituyó con sus méritos la persona reparada á la inocencia primordial y á la amistad de Dios. En segundo lugar, así como en las demás órdenes, en la creación, glorificación y gratificación, por ejemplo, hay grados, de modo que unos están más obligados que otros, así debía suceder en la reconciliación debiendo brillar esta perfección de Cristo en algún hecho, ya que la Trinidad no aceptase totalmente.

cómetidos, por algún auxilio ó favor divino, deben considerarse como perdonados y aún como más excelente beneficio. Se esfuerza más este argumento por la consideración de que Cristo mereció para muchas almas la gracia y la gloria, y son por esto deudoras á Cristo, como mediador; ¿por qué no le será alguna alma deudora de la inocencia? ¿Por qué serán todos los ángeles bienaventurados, inocentes, y ninguna alma humana será en la Patria inocente, sino sola el alma de Cristo?.....

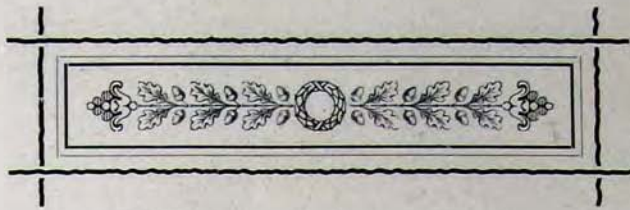




Madonna di Carlo Dolci

La VIRGEN de Carlos Dolci





¡Salve, llena de gracias!

Comentarios de SAN BUENAVENTURA

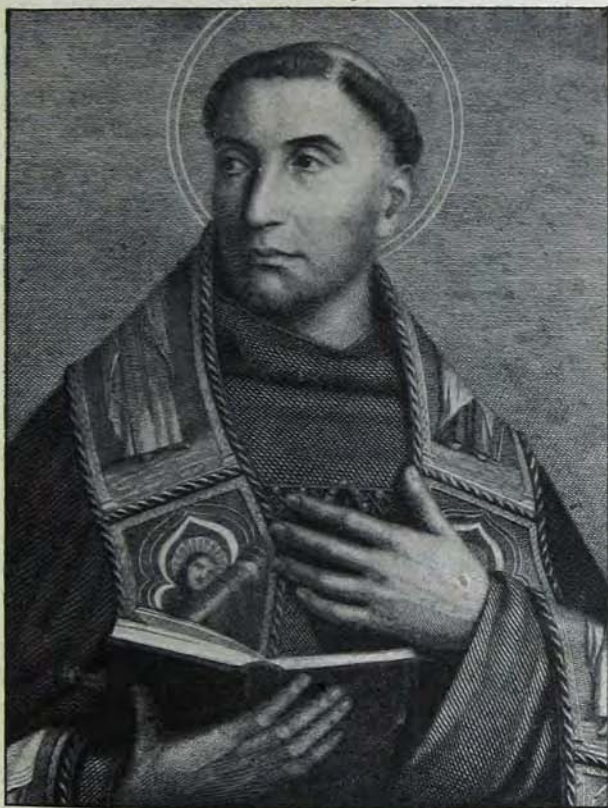
CON estas palabras, arcano de dulce alocución, manifestó el ángel, que la Virgen era laudable por cuatro razones. Primera, por su pureza divina, y por esto admirable cuando dice *¡salve!* Segunda, por la plenitud de su bondad, y por consiguiente, amable al decir *llena de gracia*. Tercera, por lo sublime de su dignidad, y por esto venerable diciendo, *el Señor es contigo*. Cuarta por la magnificencia de la alabanza, y por lo mismo deseable, al llamarla *bendita entre las mujeres*. Dijo: *¡Ave!* para significar que estaba exenta del *vae* — pecado, condenación — Insinuando con esta expresión, que la culpa del primer padre se hallaba en ella extinguida como madre que era de salud. Por lo cual, advierte, que es triple la culpa de que fué inmune la misma Virgen; á saber: de la culpa original, de la actual mortal y venial. Y esto está expreso en el profeta Amós: *En todas las plazas habrá llanto, y en todos los lugares de fuera, ¡ay! ¡ay! ¡ay!* En donde se triplica el *vae*, — ¡ay! — por la correspondencia á la mancha original, de

la cual dice Jeremias: *Ay de mí! ¿por qué me habrá engendrado mi madre?* Y en la Sabiduría: *tan luego como nace el hombre, profiere una voz cargada de llanto.* De este oprobio se vió libre la Virgen María por el don de la santificación, según aquello del salmo: *El Altísimo santificó su tabernáculo.* Y San Bernardo: *Es cierto que la Madre de Dios antes fué santificada que nacida.* En segundo lugar, por relación á la culpa actual en la cual se incurre por la extinción de la gracia, según aquello de Isaias: *¡Ay! de la gente pecadora, del pueblo inicuo, de los hijos depravados.* De esta ignominia fué inmune la Virgen María, por la plenitud de la virtud, por la que fué ajena, no sólo de las culpas mortales sino también de las veniales. Por esto dice San Agustín: *Cuando hablo de pecado, advierto que no me refiero á la Virgen.* A ella se le concedió un privilegio que se ha negado á todos los demás santos. Lo tercero, corresponde á la pena general. De la Asunción escribió tres sermones: dos sobre el tema *¿Quién es ésta que se eleva?.....* y el tercero sobre el tema: *Elevada ha sido tu magnificencia.....* En el primero, dice: De Ella puede entenderse aquello de los reyes: *He ahí que una pequeña nubecilla subía del mar, semejante á la huella de un hombre,* este es. la Virgen María, la que depurada de las aguas de la carnalidad, subía admirablemente y se elevaba del mar, es decir de lo profundo de este mundo.....

En un sermón de la Natividad de la Virgen, sobre el tema: *El Señor me ha poseído,* dice: Esta es la posesión limpia, hermosa, y adornada por la gracia de la santificación; porque el mismo que la eligió, que la adoptó y que la colmó de gracia, el mismo la santificó, la purificó, la embelleció y maravillosamente la adornó, para que fuese la posesión de Dios, pura, santa y hermosa. Por lo cual puedo decir con verdad la Virgen: «Tú has poseído lo más íntimo de mi sér, porque yo soy aquella á quien has santificado, cuyo estímulo de la concupiscencia has extirpado, aquella á quien has ensalzado y á quien has recibido desde el vientre de mi madre»; porque su santificación precedió á su nacimiento, siendo antes santificada que nacida; por cuya razón puede decir de sí misma aquello del profeta Jeremias: *Te he cono-*

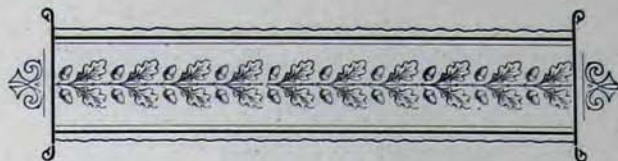
cido antes que fueras formada en el vientre, y te he santificado primero que nacieras. Y más abajo, dice: En quinto lugar, esta posesión está llena de toda plenitud. De tal manera la quiso el Señor para sí, que no quiso admitir consorte en esta posesión. Y la gloriosa Virgen á ningún sér, hizo participante de la menor partícula del suyo, que á Dios, su único poseedor, á quien consagró todos sus pensamientos, palabras y obras. En sexto lugar, esta posesión ha sido continua sin interrupción: jamás ha admitido en tiempo alguno otro Señor, ni se ha entregado á otro dominador, sino que desde un principio la poseyó en todos los momentos de su existencia el Señor por cuanto nunca ofendió á Dios, ni venial ni mortalmente, jamás se apartó de El, ni por lo mismo, El se apartó de Ella, sino que la hūbitó por la gracia, etc. Este fué el orden que observó la Virgen, orden que no sufrió ninguna perturbación, y por lo tanto, toda su vida fué posesión continua de su Dios.





San BUENAVENTURA





La Virgen

COMENTARIOS BÍBLICOS

de SAN ANTONIO DE PADUA

O *Hi carisima! ;cuán hermosa eres y agraciada en las delicias. Tu estatura semeja la de la palmera, y tus pechos son como racimos de uvas. ; Cuán bella eres por el alma y cuán hermosa y agraciada por el cuerpo, madre mia, esposa mia, cierva carisima, en las delicias, esto es, en los premios de la vida eterna. Tu estatura semejante es á la palma. Nótese que la palma es áspera en la corteza inferior; mas es hermosa por el aspecto y por el fruto en la superior, y según dice San Isidoro, produce un fruto centuplicado. De la misma manera, la Santisima Virgen fué en este mundo áspera por la corteza de su pobreza, pero en el cielo es hermosa y llena de gloria, porque, siendo la reina de los ángeles, mereció el fruto centuplicado, que se concede á las virgenes, siendo también Ella virgen sobre todas las virgenes.*

; Cuán hermosa eres en tus pasos, en tu calzado, oh hija del príncipe! En efecto, la bienaventurada Maria, fué la madre del príncipe Jesucristo, cuyos pasos del cuerpo y

afectos del alma fueron hermosísimos en el calzado de jacinto, esto es, en los deseos de la gloria celestial. Por lo cual dice Ezequiel: *Te di calzado morado*, es decir, el deseo de las cosas celestiales. Y Judit: *y se puso sandalias en sus pies*. Judit, que significa *confesión*, es la Santísima Virgen, porque Ella ha confesado al Señor, diciendo: *Mi alma engrandece al Señor*.

¡ Cuán hermosa eres y cuán agraciada, oh carísima, en las delicias! Tu estatura semeja la de la palma y tus pechos los racimos. En estas palabras manifiesta el esposo, Cristo, que su esposa—la Virgen—está adornada de cinco calidades, que deben hallarse en toda esposa, para que sea perfectamente amable. La primera es la exterior hermosura del cuerpo y la honesta conversación, la que se insinúa y declara en aquellas palabras: *¡cuán hermosa eres!* La segunda es la belleza interior, consistente en la plenitud de buenas costumbres y virtudes, de que estaba interiormente adornada, manifestada en aquello de: *¡cuán agraciada!* porque la palabra latina *decora* viene de *decus cordis*, «bondad del corazón». La tercera calidad es el amor recíproco entre el esposo y la esposa, significado en aquella expresión: *carísima en las delicias*. La cuarta es la fortaleza contra los atractivos de la carne y del mundo: *Tu estatura semeja la de la palma*. La quinta es la fecundidad en concebir hijos espirituales, y por esto le dice: *tus pechos semejan racimos*. La hermosura exterior es producida por cierto candor mezclado y combinado con cierta especie de rubor. La blancura significa la virginidad, como el color rojo, el martirio, cuyas dos cualidades estuvieron en la Virgen. Fué también hermosa en la conversación exterior, pues en todo fué irreprochable. Sigue *¡cuán agraciada!* esto es, interiormente, conforme al salmo: *He amado el decoro de tu casa*, es decir del corazón. La belleza de una casa consiste en tres cosas: la limpieza, el ornato y la luz. Estuvo la casa de esta Virgen limpia de los pecados, por la pureza de su conciencia; adornada con el esplendor de las virtudes; radiante por la humildad, la cual conserva é ilustra á las demás virtudes. El soberbio está rodeado de tinieblas, el humilde se conoce á si mismo.



La INMACULADA de Guido Reni



La Inmaculada

(de San BERNARDINO DE SENA)

DE ninguna alma se puede decir aquello del libro de los Cantares: *Toda hermosa eres* que cuadre tan bien como á Maria; porque sola Ella se vió libre de toda mancha, inmune de toda culpa, tanto mortal como venial. Por tres motivos fué conveniente que fuese inmaculada, según San Buenaventura. Primero para confusión del diablo; segundo, á fin de que pudiera ser nuestra intercesora; tercero por la correspondencia con el plan divino. De lo primero diré, que para confusión del diablo, fué conveniente que al mismo tiempo que nos libraba á nosotros del oprobio, superase y venciese al mismo diablo, de tal modo que ni por un momento fuese esclava suya. En este sentido exponen San Bernardo y San Agustín aquellas palabras del Génesis: *Ella quebrantará tu cabeza*. Lo segundo, fué conveniente para que fuera nuestra intercesora. Convenía, sin duda, que la abogada del género humano resplandeciese con tal pureza, que de ningún pecado le acusase la conciencia. En tercer lugar, fué conveniente por la relación del divino plan, y así convenía que aquella que tanto supo agradar al Altísimo Dios, hasta merecer ser su digna esposa y madre de su Unigénito Hijo, fuese inmaculada en el alma, como lo

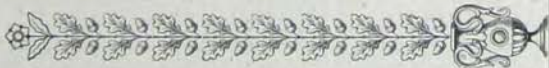
fué pura, incorrupta en el cuerpo. Y siendo la Virgen María abogada gloriosa de los pecadores, gloria y corona de los justos, esposa de Dios, habitación de la Santísima Trinidad y reclinatorio purísimo y preciosísimo del Hijo de Dios, ¿cómo no sería conveniente que fuese, por especial gracia de Dios, ajena de todo pecado?

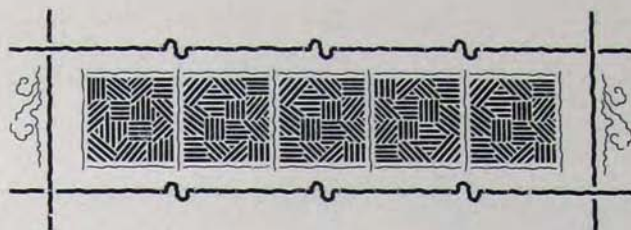
¿Fué la bienaventurada Virgen preservada, por una gracia de asistencia ó de santificación, de toda culpa actual, tanto mortal como venial. De otro modo el *fomes* en Ella no hubiera muerto ó, según otros, no hubiera sido perfectamente ligado. Pues por la santificación primera así como fué purificada su carne, así también fué inmaculada su alma de toda mancha mortal y venial, y esto por tres medios: primero, por represión ó extinción del *fomes*; segundo, por la inclinación de la gracia; y tercero por la asistencia de la misma divina gracia. He dicho en primer lugar, por la represión del *fomes*, pues por la santificación primera, de tal modo fué en Ella ligado ó extinguido que jamás se sintió estimulada al mal. En segundo lugar, por la propensión al bien que en Ella producía la divina gracia; de tal suerte que aun cuando estaba adornada del libre albedrío, el cual aun no había sido confirmado en el bien, sin embargo, la inclinaba siempre á lo bueno. En tercer lugar, por la asistencia de la misma divina gracia; pues, así como en el estado de inocencia hubiera la divina Providencia protegido al hombre, del mismo modo libraba á la Virgen de toda culpa actual. Por lo cual dice San Bernardo: *Juzgo que fué tan copiosa la gracia que derramó el Altísimo, que no sólo fué capaz de santificar su nacimiento, sino también de guardarle siempre inmune de todo pecado.*





San ANTONIO de Murillo





La Inmaculada

de la Venerable Madre AGREDA

Yo Juan vi la Ciudad Santa de Jesusalén nueva, que descendía de Dios desde el cielo, preparada, como la esposa adornada para su varón. Porque todos estos sacramentos comenzaban de Maria Santísima, y se fundaban en ella, dice el Evangelista, que la vió en forma de la Ciudad Santa de Jerusalén, que de la Reina habla con esta metáfora. Y fuéle dado que la viese, para que más conociese el tesoro, que al pie de la Cruz se le habia encomendado, y fiado, con aprecio digno le guardase.

Y aunque ninguna prevención pudiera equivaler á la falta presencial del Hijo de la Virgen; pero entrando San Juan en su lugar era conveniente que fuese ilustrado conforme á la dignidad y oficio, que recibia, sustituyendo por el Hijo natural.

Por los misterios que Dios obró en la Ciudad Santa de Jerusalén, era más á proposito para símbolo de la que era su Madre, y él centro, y mapa de todas las maravillas del

Omnipotente. Y por esta misma razón lo es también de las Iglesias, Militante y Triunfante; y á todas se extendió la vista del Aguila generosa Juan, por la correspondencia, y analogía, que entre si tienen estas Ciudades de Jerusalén místicas. Pero señaladamente miró de hito á la Jerusalén Suprema Maria Santísima, donde están cifradas, y recopiladas todas las gracias, maravillas, dones y excelencias de las Iglesias Militante y Triunfante. Y todo lo que se obró en la Jerusalén de Palestina, y lo que significa ella, y sus moradores, y todo está reducido á Maria Purísima, Ciudad Santa de Dios, con mayor admiración y excelencia que en lo restante del cielo, y tierra y de todos sus moradores.

Por esto la llama Jerusalén nueva, porque todos sus dones, grandezas y virtudes son nuevas, y causa nueva maravilla á los Santos. Y nueva porque fué después de todos los Padres antiguos, Patriarcas y Profetas, y en ella se cumplieron, y renovaron sus clamores, oráculos y promesas. Y nueva porque viene sin el contagio de la culpa, y descende de la gracia por nuevo orden suyo, y lejos de la común ley. Y nueva porque entra en el mundo triunfando del Demonio y del primer engaño, que es la cosa más nueva, que en él se había visto desde su principio.

Y como todo esto era nuevo en la tierra, y no pudo venir de ella dice, que bajaba del cielo. Y aunque por el común orden de la naturaleza descende de Adán; pero no viene por el camino real y ordinario de la culpa sendereado de todos los predecesores hijos de aquel primer delincuente.

Para sola esta Señora hubo otro decreto de la Divina predestinación, y se abrió nueva senda por donde viniese con su Hijo Santísimo al mundo, sin acompañar en el orden de la gracia á otro alguno de los mortales, ni que alguno de ellos le acompañase á ella, y á Cristo nuestro Señor. Y así bajó nueva desde el cielo, de la mente y determinación de Dios. Y cuando los demás hijos de Adán descenden de la tierra, terrenos y maculados por ella, esta Reina de todo lo criado viene del cielo, como descendiente sólo de Dios por la inocencia y gracia: que comúnmente decimos, viene alguno de aquella casa ó solar, de donde descende, y descende de donde recibió el sér que tiene.

Y el ser natural de María Santísima, que recibió por Adán, apenas se divisa mirándola Madre del Verbo Eterno, y como á su lado de el Eterno Padre con la gracia, y participación, que para esta Dignidad, recibió de su Divinidad.

No entrará en ella cosa manchada, ó que cometiére abominación y mentira, más de aquellos, que están escritos en el libro de la vida del Cordero, etc. Renovando el Evangelista el privilegio de las inmunidades de esta Ciudad de Dios Maria, dió fin á este capitulo veinte y uno, asegurándonos que en Ella no entró cosa manchada, porque se le dió alma y cuerpo inmaculados. Y no se pudiera decir, que no había entrado en Ella cosa sin mancha, si hubiera tenido la de la culpa original, pues aun por esta puerta no entran las manchas ó máculas de los pecados actuales. Todo lo que entró en esta Ciudad Santa fué lo que estaba escrito en la vida del Cordero; porque de su hijo Santísimo se tomó el padrón, y original para formarla; y de ningún otro se pudo copiar virtud alguna de María Santísima, por pequeña que fuese si en ella pudiera haber alguna pequeña. Y si esta puerta de Maria corresponde el ser ciudad y refugio para los mortales, es condición, que tampoco ha de tener parte, ni entrada en ella el que cometiére abominación ó mentira.

Mas no por esto se despidan los manchados y pecadores hijos de Adán, de llegar á la puerta de esta Ciudad Santa de Dios; que si llegan reconocidos y humillados á buscar la limpieza de la gracia, en estas puertas de la gran Reina, la hallarán y no en otras. Limpia es, pura es, abundante es, y sobre todo, es Madre de la Misericordia, dulce, amorosa, y poderosa para enriquecer nuestra pobreza, y limpiar las máculas de todas nuestras culpas.



La VIRGEN y el NIÑO de Murillo



La Inmaculada

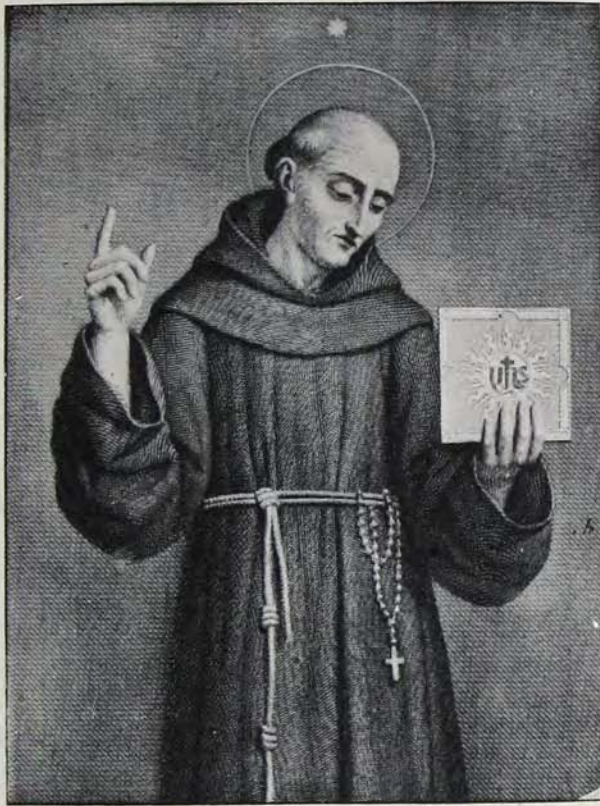
(de Fray PANTALEÓN GARCÍA)

SI no es que se quiera fingir con los paganos un Dios ciego, debemos convenir en que Dios concibió en su entendimiento todas las criaturas en la eternidad: midió sus pasos, decretó sus destinos, preparó los medios conducentes á su desempeño; y como enseña Santo Tomás, á proporción del fin á que las destinó, las franqueó los tesoros de su misericordia, encadenó los dones de su gracia y obró en ellas cosas grandes. Este es el orden de la Providencia con aquellos en quienes Dios ha puesto los ojos de su amor, como escribe San Pablo á los de Roma; y esto es lo que llama San Agustín presciencia y preparación de los beneficios, con que ciertamente se libran los que se libran. Y en este orden de predestinación, ¿quién fué la más amada y privilegiada? ¿Quién la elegida para designios más altos? ¡Ah! *Sexaginta sunt reginae, et octaginta concubinae, et adolescentularum non est numerus: una est columba mea, perfecta mea.* En esta Concepción de previsión se vieron unas almas tan favorecidas de la misericordia, como si fuesen Reinas de la corte celestial:

Sexaginta sunt Reginae. Otras en mayor número, á las que decretó el Señor comunicarse con trato íntimo, tierno, cariñoso: *Et octoginta concubinae.* Muchas más fueron destinadas, para que con santo temor aunque sin íntimo trato, caminasen por las sendas de la justicia: *Et adolescentularum non est numerus.* Pero como los tesoros de la gracia son inagotables, y la mano de Dios jamás se abrevia en la efusión de sus dádivas, concibió á aquella primogénita de los predestinados, y salió de la boca del Altísimo destinada con preferencia para reparar al mundo, y abatir al demonio; para ser Madre de Jesucristo, y digna esposa del Espíritu Santo: *Una est columba mea.* Conforme á estos gloriosos enlaces, el primer efecto de la predestinación de Maria fué la gracia singular en que consiste el privilegio de su Concepción. El Señor tomó posesión de su corazón antes que existiesen los abismos y en el principio de sus caminos, según la expresión de la sabiduría. El Espíritu Santo en fuerza de esta elección la arrebató para sí, y se reservó sus primeros homenajes, en frase de San Pedro Damiano; y he aquí á esta criatura afortunada concebida en virtud por un decreto consolador: llena de gracia sin las impresiones de la culpa: puesta en libertad sin haber sido esclava: hija de adopción sin serlo de ira. Sola, sola esa Virgen con preferencia á todas las hijas de Sión siempre fué sin mancha, siempre sin cadenas, sin señal de servidumbre que la confundiese con el resto de los hombres, siempre perfecta y agradable á los ojos de Dios: *Una est perfecta mea.* Ya no preguntéis, ángeles del cielo, ¿quién es ésta que saliendo de un tronco podrido, y de una naturaleza empozada, se presenta tan hermosa, que ni la aurora cuando nace arroja de sí tantos resplandores, el albor de la luna se obscurece en su presencia, y los rayos del sol parecen manchados á su vista? *Quae est ista?* Mas si lo preguntáis, diré: que esta hija de Adán inmaculada, por hablar con San Efrén, es aquella que fué honrada en los consejos eternos con la bella cualidad de Madre de un Dios hecho hombre, como lo escribe San Bernardino de Sena, de lo que infiere, por legitima consecuencia, este gran santo, que el Verbo Eterno no pudo pensar acerca de Maria, sino pensamientos de paz y de complacencia.

¡Oh luz de luz engendada en el esplendor de los Santos! ¿cómo habías de entrar sin horror en el vientre de una Virgen concebida en pecado? Teniendo en tus manos la preciosa materia con que se había de adornar tu morada, ¿no te interesarías en su excelencia y pureza? ¡Cómo! Aquel Dios, que, según la expresión del Profeta, no conoce otra gloria que la de ser Santo: aquel Dios que se ausenta de nuestro corazón luego que damos entrada en él al pecado, y que prohíbe á toda boca delincuente, que se abra para proferir sus palabras; aquel Dios que en la elección de víctimas para el sacrificio mira con desprecio á la que tuviese mancha, ó que hubiese llevado yugo para servir á los hombres; aquel Dios, que para la construcción del templo material, que había de ser la custodia del Arca, no permitió que se empleasen sino los metales más puros, las maderas más olorosas, los artifices de mayor ingenio, y para poner por obra empresa tan santa, despreció á David, aquel hombre cortado á la medida de su corazón, sólo porque había manchado sus manos con sangre, y eligió á Salomón, entonces semejante á un niño el más inocente y tiernecito; este Dios tan Santo, ¿había de consentir nacer de una madre esclava de la culpa? Este Dios vengador del pecado, ¿había de beber el aliento de su vida humana en una fuente de aguas inficionadas con la ponzoña de la culpa? ¿Este Dios tan delicado en sus derechos había de unirse á una alma contaminada con la fea mancha del pecado? Este Dios tan solícito para edificarse un Templo material digno de su grandeza, ¿lo sería menos para la magnificencia de aquella obra grande, obra de consecuencia, en la que se trataba de preparar habitación para el Dios del cielo y de la tierra? No, por cierto: la sangre que ha de correr en las venas del Dios de la santidad no parece que sería enteramente pura, si María en algún instante no lo hubiera sido. Jesucristo se hubiera deshonrado á sí mismo, según la sentencia del Eclesiástico: *Gloria hominis ex honore patris*, si no hubiese empleado su omnipotencia para apartar de su Madre toda especie de corrupción, y disponer su perfección correspondiente al misterio para que la había escogido desde la eternidad.

Argumento es éste tan brillante, que en el concilio de Efeso, después de vindicar contra Nestorio el título de Madre



San BERNARDINO DE SENA



de Dios, de que impiamente despojaba á la Santísima Virgen, allí mismo declamó con general aplauso el santo Obispo Proclo, que en las purísimas entrañas, en que el divino Verbo se concibió, jamás hubo reato de pecado; Sofronio y Teodoro, Patriarca de Jerusalén, se explican en términos semejantes, cuando hacen una confesión solemne de la fe en los Concilios generales VI y VII. El Concilio Lateranense presidido por Martino primero, une estas dos grandezas cuando dice: que es opinión constante de los Padres, que María es Madre de Dios, libre de toda mancha. El Tridentino, con palabras tomadas de San Agustín, no dudó levantar á favor de Maria diques contra el diluvio del pecado, confesando que por honra del mismo Jesucristo no comprendia á la Madre de Dios, en la maldición común: *Excepta Virgine Maria...* ¿Mas á dónde me arrebata el fervor? La predestinación de un Dios hombre impecable por naturaleza, y la de una Virgen preservada del pecado por la gracia, estaban encerradas en un mismo decreto en la eternidad.

Volvedme á preguntar, ángeles santos, para tener ocasión de responderos: ¿Quién es esta criatura que se levanta del desierto sin enlodarse con su corrupción, como una varita del humo que exhalan la mira y el incienso? *Quae est ista?* Ella es, dice San Juan Damasceno, la que por una misericordia infinita fué destinada para reparar el mundo; Ella es, dice San Atanasio, la nueva Eva Madre de la vida; la que, como añade San Agustín, trajo al mundo la salud, y salvó las reliquias de la humanidad agonizante, como coadjutora de la redención. Y ved aquí la consecuencia, que nace naturalmente de este principio. Maria fué prevista en la mente de Dios sin pecado original. Sí, un enemigo, según el pensamiento de San Gregorio, no es á propósito para apaciguar los enojos de un Juez acalorado: ¿no hubiera sido María enemiga á los ojos de Dios, si el azote del pecado hubiera tocado á su tabernáculo? ¿podrá un mediador alcanzar el perdón para el común de los vasallos, si no es el más amado del Príncipe? ¿Y podría serlo la que había sido objeto de anatema?

María fué concebida en la mente de Dios sin pecado original, porque en cualidad de corredentora, como sienten los teólogos con San Buenaventura, mereció de congruo por sus



PIO IX



méritos, la reconciliación del hombre caído. Permitidme que use de los términos de la escuela: no hay otros. ¿Y hubiera el Eterno Padre aceptado estos méritos con tanta generosidad hasta poner en manos de la Virgen la salud del mundo, como se explica Ricardo de San Víctor, si hubiera nacido con el corazón corrompido, y donde algún tiempo tenía su trono el demonio? El Redentor debía ser, según San Pablo, un Pontífice santo, inocente, puro, apartado de los pecadores; ¿y había de ser la Corredentora, manchada, fea, inmunda? Por otra parte, á los Angeles, que no fueron destinados para este glorioso empeño, se había de conceder la inocencia en su misma creación, ¿y se había de negar á la Reina de los Angeles? ¿Había de ceder un solo momento en santidad á los Angeles la que mereció la reparación de los tronos angélicos que perdieron los demonios, como lo afirma San Anselmo y Ricardo de San Víctor? -

Maria fué concebida sin mancha en la mente de Dios. Eva, figura de Maria, fué formada de tierra que no conocia la maldición; ¿seria posible que la gracia que Dios concedió á Eva, la primera mujer que trajo al mundo la muerte, se la había de negar á la Madre de la vida? No, Dios bendijo su tierra, y separó de ella la cautividad de Jacob. Así concluyen de este principio los Padres, que fué exenta del pecado original aquella, por la cual hemos sido libertados de la maldición que había traído sobre nosotros nuestra primera Madre: este es el lenguaje de San Ildefonso. No se puede creer que aquel Dios que creó á la primera Virgen sin pecado, haya negado este privilegio á la segunda: así se explica San Anfilogio. Maria mereció ser digna reparadora del hombre, porque fué la más santa y más pura de las criaturas, en todos los instantes de su vida: éstas son las expresiones de San Anselmo. Maria tuvo la misma gracia que Jesucristo, aunque de otro modo, dijo San Jerónimo.

¿Os sorprendéis todavía, ángeles santos, al ver á esta hija de Adán, temible como un ejército en orden de batalla, y no acabáis de comprender quien es? *¿Quae est ista?* Sabed, pues, que es la escogida en el Santuario de Dios, para pisar con el más heroico denuedo la cabeza del dragón infernal, como se predijo en el principio de los tiempos: *Ipsa*

conteret caput tuum. ¿Y qué monstruo es éste? Ese monstruo, dice San Agustín, es el pecado original: este es la serpiente que nos degüella en el seno de nuestras madres, según San Bernardo; y á este monstruo es al que venció Maria, libre de la mordedura del pecado original en su Concepción, dice un sabio. Era conveniente, escribe San Buenaventura que fuese prevenida con la gracia la que había de vencer al demonio; fué inmaculada, concluye San Agustín, porque el aguijón de esta bestia no hirió el alma de Maria. En el momento de su Concepción fué cuando aquella criatura afortunada quebrantó la cabeza á la serpiente, y por este insigne privilegio pudo decir: no se alegrará este enemigo sobre mí. En su Concepción hizo lo que aquella mujer Hebrea cuando llenó de confusion la casa de Nabuco. Este sacrilego príncipe, saqueada Ecbatanis, ciudad famosa, que había edificado Arphaxad, decretó subyugar á su imperio otras ciudades: dió órdenes á Holofernes para la ruina de Betulia; pero el Señor, que no se olvidaba de su pueblo, fortaleció el brazo débil de Judit, y degolló á Holofernes. Intentó el demonio aprisionar aquella ciudad de santificación, después de haber atado al carro de su triunfo á todos los mortales; pero la grande Maria, la más feliz Hebrea dividió sus despojos, y le arrojó al abismo con la noticia de su confusión. Y al modo que de la vencedora Judit no había quien hablase palabra mala, así no ha de decirse jamás que la que ha quebrantado al demonio la cabeza, fué algún tiempo victima de su furor. Así lo decretó Dios desde la eternidad. Las palabras que de Maria dijo David: *Super aspidem, et basiliscum ambulabis: conculcabis leonem et draconem*, no son sino la voz de los amorosos pensamientos de Dios en la eternidad, en que concibió á Maria como triunfadora del áspid y basilisco, del león y del dragón del pecado.

Al fin, si no salís de vuestra duda, oh bienaventurados espíritus, y os sorprende que se halle en este desierto una mujer rodeada de delicias, y á quien sirve de apoyo su amado: *Quae est ista?* escuchad que os habla el Espíritu Divino: ésta es mi esposa, en quien tengo mi complacencia desde la eternidad; ésta es la única amada que ha herido mi corazón, porque toda es hermosa y sin mancha. Esto basta,

decía San Bernardino, para persuadirme que el alma de María no fué afeada con la mancha original; y de hecho, si para Adán se destina una esposa formada de barro sin corrupción y en todo semejante al inocente esposo, ¿el Espíritu consolador cómo había de poner sus ojos en una esposa corrompida? ¿ó cómo podría ésta robar su corazón? Si Abrahám encarga con encarecimiento á su criado, que no elija para su hijo mujer de las hijas de Canaán, gente idólatra é incircuncisa, ¿cómo siendo esclava del demonio por la culpa, había de ser esposa del Espíritu de pureza? ¿Qué pintor, estando en su arbitrio dibujar la hermosura de su esposa, la formaría horrible, con arrugas y borrones? Cómo sería posible que el Espíritu, depositario de todas las gracias, no la enriqueciese de ellas? No lo creáis: él la hizo digna esposa suya, dice San Agustín, y no permitió que fuese inficionada con el veneno del pecado: la franqueó toda su gracia en el instante mismo en que la vió: gracia que sólo conoce superior en la de Jesucristo, y á la que llama la Teología indefinita; gracia, que en el momento mismo de su Concepción la dió en un solo acto más mérito, que el de los Santos juntos en todo el término de su carrera, dice San Bernardino de Sena; gracia.... ¿pero qué gracia no la daría el que había puesto en María su amor y su complacencia? Así, en pensamiento de San Pedro Damían, poseyó Dios á María desde la eternidad, y la preparó los caminos de inocencia y de gloria.





La VIRGEN DE LA SILLA de Rafael





La Inmaculada

de Fr. FRANCISCO DE MONTE ALVERNE

HAY un misterio de grandeza respecto de Maria que aumentando su consideración despierta al mismo tiempo nuestra ternura y nuestra sensibilidad. Dios lanzó este portentoso en medio de su pueblo como un germen precioso donde la gratitud y el reconocimiento encuentran todos los días nuevos motivos al entusiasmo. El brindó á su Iglesia con este prodigio donde los hijos de los hombres ven, como á porfía, descubrir, de siglo en siglo, nuevas bellezas, nuevas perfecciones.

Dios no podía tener por más tiempo ocultas las maravillas del nuevo propiciatorio donde fueron oídos los oráculos de la salvación. Las riquezas del nuevo santuario en que se trazaron los planes de la felicidad del hombre debían ser patentizadas á todas las naciones.

No, no fué indiscretamente que la Iglesia levantó la cortina suntuosa que cubre el secreto de los siglos. ¿Cómo dejaría ella de dar un impulso más vehemente á los trasportes con que los fieles celebraban la apoteosis de Maria, cuando los

pueblos veían por ellos quebradas sus cadenas, cuando aun se escuchaban los himnos con que los ángeles proclamaban el triunfo admirable de la mujer que ahogaba los esfuerzos del enemigo?

¿Podía la Iglesia temer que María hubiese sucumbido á la violencia del crimen, cuando aun resuenan los rugidos espantosos del dragón que muerde rabioso su cadena; cuando ella lo ve retorcerse bajo las plantas victoriosas de la Virgen, libre ésta de la opresión de sus garras ensangrentadas?

Unamos, pues, nuestros cánticos á los cánticos de todas las generaciones libertadas; hagamos oír las aclamaciones de todas las edades; mostremos á la Triunfadora anunciada por los profetas, cantada por la Sinagoga, alabada por los grandes hombres que abrillantaron las dos alianzas; y arrojemos, si es posible, á un cuadro tan magnífico, un reflejo digno de tan bello original.

Las promesas con que el Eterno concretaba en el corazón de los pueblos la esperanza de su libertad, tocaban la época gloriosa de su entero cumplimiento. Los mitos que escondían las revelaciones del mundo primitivo, comenzaban á desaparecer á la llegada del nuevo astro que debía iluminar la tierra. La mujer, que debía concurrir en la manera más inefable para la rehabilitación de la familia culpable, erguiase triunfante en medio de la devastación general, más perfumada y más pura que la virgen del Edén cuando el Eterno la hizo brotar del costado de Adán. ¿Podrían tantos privilegios ser acumulados en María, si por ventura fuese envuelta en las ruinas de la especie humana? ¿Podría la mujer fuerte obtener el título de libertadora dejando ver en sus plantas las huellas vergonzosas de las cadenas que las tienen oprimidas? ¿Qué ventaja alcanzaría Jesucristo, si la mujer destinada para ser con él la corredentora del mundo, se alejara del mismo cuando recordase su oprobio? Hija del primer hombre, la Virgen, no podía dejar de ser comprendida en la deuda que él hiciera contraer á toda su posteridad, cuyos destinos estaban en sus manos, como cabeza moral de todos sus descendientes; la raíz del árbol que debía producir el fruto de bendición no podía ser inficionada. Dios vino en auxilio de su madre, dice San Pedro Damiano, y la eximió de la culpa original por una

distinción reservada á su augusta maternidad. Si en el momento en que el crimen espera al hijo del pecador para imprimir en su rostro, el sello de la reprobación, como dice San Agustín, en el instante mismo en que el hombre por una fatalidad que espanta á la altivez de la razón tremola sin saberlo el estandarte de la rebelión contra su mismo Dios, y reproduce esta sienta de muerte fecundada por la desobediencia de su progenitor; la gracia previno la mancha de la naturaleza, según el bello pensamiento de San Juan Damasceno, salvó la madre del Omnipotente de la infección universal y tornóla digna de los altos fines para que habia sido llamada.

¿Y de qué otra manera podía el Todopoderoso justificar la excelencia de una madre tan digna de ternura?

¿Podía el Eterno dar mejor á conocer el aprecio en que tiene á la santidad, que rehusando por madre á una criatura, aun por un solo instante contaminada? Si el padre del género humano entró en la vida, lleno de inocencia, si el Criador se llenó de placer contemplando este rey del universo que recibía los homenajes de todas las criaturas, ¿podía ser concebida en pecado la primogénita de la redención como la llama San Buenaventura? ¿Es creíble que fuese inferior á los ángeles por la influencia de su concepción la Virgen escogida para ser la reina de todas las celestes jerarquías? ¿Sería envuelta, como los hijos de ira, la mediadora dada á los pecadores para su refugio, para su seguridad? El gran Reparador que venia á solver la deuda por el primer hombre contraída debía ser exento del pecado, para hacer una oblación digna de Dios; lo asegura el Apóstol.

¿Cómo podía entonces ser contaminada con la culpa original, la Virgen que debía ofrecer la Víctima de la expiación?

¿Si la sangre preciosa de Dios cayó destilando gota á gota del seno de la Virgen, podía ser digna del Hijo del Eterno, si por ventura brotase de una fuente impura?

¡Espíritu de fuerza y sabiduría, nos trazaste con toda la seducción del colorido la epopeya de la Virgen predestinada mucho antes del nacimiento de la aurora para robar nuestro corazón por las riquezas de sus dones, ó empleaste un

lenguaje ardiente, creaste nuevas imágenes, concebiste formas que el genio aun no ha presentado á fin de revestir con toda la vehemencia del amor las cualidades eminentes de ese primor de la creación.

Dios, parece, que determinó no manifestar de una sola vez todas las perfecciones de Maria para no deslumbrar á la humanidad con la irradiación de tanto esplendor. Cual esposo, lleno de encanto por las prendas de su esposa, El se contentó en su alegría, con descubrir, una á una, las gracias de la Señora de las naciones para que se pudiera reconocer la impresión imborrable de su magnificencia





Deposé
F. De-Federicis

LEON XIII





María concebida sin pecado

de Fr. MAMERTO ESQUIÚ

EL misterio de la Inmaculada Concepción de María lleva esencialmente la fe de otros misterios, ó principalmente, del dogma de la caída original del hombre en Adán y de la Redención humana por Jesucristo, como igualmente da por asentada la fe de la libertad de Dios, de su presencia, de su justicia y misericordia, de su santidad infinita, de la eficacia y necesidad de la gracia divina, de la admirable gradación por donde se unen y enlazan las criaturas de Dios, de un cúmulo de misterios que honran y colocan tan alto la Concepción de María, que es ella como el principio de los caminos de Dios y la obra maestra del Altísimo, después de la encarnación del Verbo. Por donde se ve que para conocer debidamente el misterio de la Inmaculada Concepción de María, es necesario conocer todo el conjunto de los dogmas y misterios de nuestra religión. ¡Ay! era necesario aquel inmenso resplandor que hace la bienaventuranza de los santos en el gozo de su Señor, mientras que en la vida presente sólo nos es dado mirar como en pálidos espejos las imágenes de aquellas verdades y en enigmas y figuras sus cualidades bellísimas; sin embargo, esto no quita que la fe

más sencilla forme un concepto preciso y distinto de aquel dogma que cree.

El pecado original consiste en que el pecado de Adán, cuando quebrantó el mandamiento de Dios, comiendo del fruto del árbol vedado, fué un pecado de naturaleza humana; en Adán nuestro padre, pecamos todos los hombres, fuimos no sólo privados del don gratuito de la gracia y de la gloria, que es otro don gratuito, sino que además fuimos verdaderos pecadores, hijos de ira, penados y culpados juntamente. Si vuestra razón me pregunta el por qué de esta solidaridad de culpa de un hombre con los que aún no existían, cómo es que pecando Adán, peca en él toda su descendencia; si la razón de este misterio me preguntáis, yo no haré sino contestaros las palabras de la Revelación, *in Adam omnes peccaverunt*, en Adán pecaron todos, librando el honor de la Bondad y Equidad de Dios al mérito de nuestra fe que debe someterse ciega á la autoridad de Dios que así lo ha revelado.

El dogma de la Redención humana consiste en que el Hijo de Dios haciéndose hombre verdadero en las entrañas de María y muriendo en la cruz rescató del pecado al hombre y le mereció la santificación y la gloria eterna, y aún más, en que Jesús es la única fuente de todo mérito, el Pontífice y mediador eterno entre el Padre y las criaturas, que ha purificado por la sangre de su cruz lo que hay en los cielos y en la tierra y ha reparado con tan inefable armonía los desconciertos y las ruinas del pecado; que todas las cosas, el mundo, el presente y lo venidero, todo es de los redimidos y los redimidos son de Cristo y Cristo es de Dios; *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Por los méritos, pues, de esta preciosísima Redención, misterio escondido en Dios desde antes de los siglos, fué salvada del pecado del género humano María que, como verdadera hija de Adán, debía haber incurrido en él, á no ser su privilegio especialísimo, y fué concebida sin pecado por haberla prevenido el Espíritu Santo con la plenitud de sus gracias, como la llamó el Angel: *Dios te salve llena de gracia.*

Así fué, Dios mío, porque ésta fué tu voluntad santísima y misericordiosísima. De los méritos de tu Hijo sacaste

esa redención copiosa para María, para que fuera tu escogida, tu Inmaculada y el principio de la santificación, y la prueba más grande de tu Poder, de tu Sabiduría y Misericordia. ¡Oh Dios padre de los hombres, seáis loado en todos los siglos por todas las criaturas!

Si examinando ahora los fines con que el Señor hizo esta singularísima excepción, busquemos su final último, debemos decir que es la gloria de Dios. La gloria esencial de Dios es incommunicable como su nombre, de manera que aun en aquellas cosas que intenta nuestro bien y utilidad, este bien ó utilidad, en el último resultado, pertenecen sólo á la gloria de Dios, que es el sér por excelencia, el principio y el fin de todas las cosas.

El es santísimo, poderosísimo, inmutable y eterno, que habla y se hace el mundo, lo mira, y armonías é interminables bellezas rebosan por todas partes, en la flor que pisamos y en el sol que trae los ardores del estío, en Dios y por Dios es todo. la gloria de los bienaventurados, la batalla de los viadores, el bramar eterno de los réprobos, en Dios y por Dios se hicieron todas las cosas, en El están, viven y se mueven, El es la razón de todo, es pues debida toda gloria y toda bendición á este nuestro Dios Santísimo y Poderosísimo, que como hizo resplandecer la luz en las tinieblas con sólo su palabra, así por sí solo ha hecho brillar la santificación en María, en los Angeles y Serafines, en los Santos y en todas las almas justas.

María, pues, pertenece solamente á la gloria de Dios. El fin mediato de la Concepción Inmaculada de María ha sido Jesucristo. San Pablo escribiendo á los cristianos de Colosos les decia del Hijo del Padre: «El es imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas que hay en los cielos, en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean Tronos ó Dominaciones, Principados ó Potestades, todas fueron creadas por El mismo y en El mismo, y El es ante todas las cosas, y todas subsisten por El. Y El mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es principio primogénito de los muertos; de manera que El tiene el primado en todas las cosas, porque en El quiso hacer morar toda plenitud.» María, pues, la



La VIRGEN DE SAN SIXTO de Rafael



obra más cumplida y perfecta, la más pura y santa de todas las criaturas, primicia preciosísima de la redención humana, ha sido hecha por Jesucristo y para Jesucristo, con esta especialidad: que ella le es necesaria en cierto modo, y no las demás criaturas; si aparte de los respetos que debemos á las obras amadas de Dios, suponemos que no existen los Angeles ó los Serafines, ó quitamos del número de los santos los más ilustres y gloriosos de ellos, con todo esto, siempre se oirá que Jesucristo es la cabeza de todos los justos, que tiene el principado de todas las cosas, y que en El mora toda plenitud; pero sin una Madre pura y limpia desde el primer instante como María, ¿podemos acaso concebir á Jesucristo tal cual debía encarnarse en -el orden actual de la combinación de la libertad humana y de la Divina Providencia?

El Hijo de Dios debía hacerse hermano de nosotros, pobres pecadores; debía tomar nuestra misma carne para que en ella fuésemos redimidos y así se restableciera sobre nosotros la reversión de sus méritos infinitos; pero no debía tomar una carne manchada de pecado, porque repugnaba á su santidad infinita; era, pues, necesaria una madre que, siendo verdadera hija de Adán, fuese también por su pureza inmaculada, digna de dar su carne y su sangre al *Hijo de Dios*; esta Madre singularísima, es María. De esta consideración se infiere también, cuán preciosa, cuán necesaria es María Inmaculada á la salud de todo el género humano; sin ella la *vida* no venía al mundo; sin ella careceríamos de nuestra mejor y más poderosa abogada; no tendríamos la verdadera madre, ya que se perdió la primera en el paraíso terrenal. ¡Ah! sin María, ¿qué sería de todos nosotros?

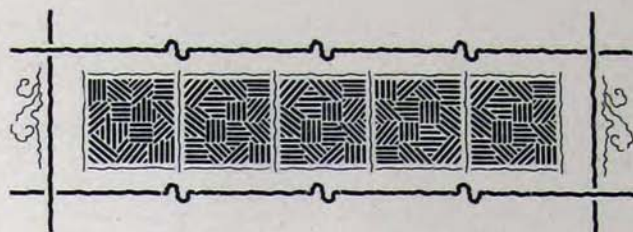
¿Quién llenaba ese lugar preciosísimo que hay entre Jesucristo y los pecadores? ¿Cuál era nuestra honra, nuestro consuelo en la pura humanidad, si todos los hombres, sin excepción alguna, hubieran sido hijos de ira y nacidos en pecado? Cuando estas cosas medito en mi corazón, siento que los pecadores sujetos á la muerte, tenemos más necesidad de decir á María que Abrahám á su esposa Sara: ¡Conozco, oh María, que eres hermosa, purísima y santísima, y que nosotros, concebidos en iniquidad, distamos tanto de vos como de las tinieblas á la luz; pero sin ti morimos, oh hermosísima

Virgen! pues te rogamos que sois nuestra hermana, para que tengamos el bien por vos y viva nuestra alma por tu gracia y respeto! ¡Oh sí! ¡hermana nuestra es Maria! hija de Adán como nosotros, sólo que no tiene su pecado, para ser el arca de la alianza de sus hermanos los pecadores, para ser la puerta del cielo á los desterrados, nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestra honra eterna! Alegraos, ¡oh tierra! tus frutos no serán sólo espinas y abrojos como se te dijo en el Paraíso; de ti brotará un tallo y de ese tallo una flor que será tu bendición y te hará más fecunda que antes de ser maldita.

Cuando las aguas del pecado cubran tus montañas más altas, una arca flotará sobre ese mar de ira y destrucción y salvará la preciosa descendencia de los santos.

Cuando el fuego os rodee de llamas abrasadoras, una verde y florida zarza dominará esas llamas y consumirá esos incendios. De tus áridos desiertos subirá una columna de aromas suavisimas que volverá el agrado á la faz irritada de tu Hacedor! ¡Alegraos, llorosos hijos de Eva! porque por aquella madre que perdistes en el pecado se os da una madre, que es madre dignísima de Dios: ¡tan grande es su santidad! ¡tan resplandeciente su pureza! ¡tan inmaculada toda su vida!





Los pontífices de la Inmaculada

El dogma de la Concepción Inmaculada de María es algo que lleva consigo — con su definición solemne entre el concierto y expectación de los pueblos, y con el incremento de la piedad en torno de los altares de la Virgen — ligado el recuerdo de tres vicarios de Jesucristo como no lo presenta igual acontecimiento alguno del Cristianismo.

Pío IX, León XIII y Pío X, he ahí la trilogía pontificia, por decirlo así, que forma pedestal de gloria á la que los cielos le sirven de pabellón y de escabel las nubes.

El primero la levanta entre el vocerío de los oráculos divinos, el segundo la presenta como el refugio de los pecadores ligando á las almas con las perlas del rosario, y el tercero, novel todavía en los embates de las luchas evangélicas, acerca las generaciones á su altar, á los encantos de su pudor.

Mirad, Pío IX, tiene la sencillez de un niño, la dulzura destila miel en sus labios. El odio, sin embargo, de Satanás y de sus legiones, lo embiste, lo acosa, lo hiere con sus púas



PIO X



de acero; pero el papa de la sonrisa celeste todo lo soporta, lo sufre con una virtud de mansedumbre que no es fruto del estoicismo.

¿Quién lo alienta en los temporales revolucionarios? ¿Quién tonifica su corazón cuando el corcel invasor hace estremecer con sus relinchos la ciudad, el trono secular de los papas? Entre las llamaradas de los incendios, entre los nublados de la tormenta, entre el alarido de los invasores, Pío IX, poniendo en sus labios el fuego de los oráculos divinos para proclamar entre arreboles, de Inmaculada, á la Virgen de las vírgenes y á la Madre de las madres, se presenta en la elevación más excelsa de su grandeza, en la figuración más brillante de su idiosincrasia.

¿Qué motivo, qué fuerza misteriosa, dió luz y empuje á su corazón? ¿Por qué, en medio de un ambiente preñado de sinsabores, saturado de angustias, se extasió ante un dogma que sólo dice amor, belleza y encanto?

¡Pío IX! permíteme que golpee el umbral de tu tumba. A tus huesos áridos, despojos de tantos años, quiero interrogarlos, preguntarles el por qué de tus inspiraciones. Tus cenizas me hablan, me descubren tu alma, y al llegar á mi inteligencia sus acentos, oigo que María fué la visión confortante de tus luchas, que en la excelsitud de la Mujer bendita, descubriste para la cristiandad la fuente de valor, el escudo de fortaleza.

Salud para los enfermos, esperanza para los tristes y caminantes, la saludaste en el día inmortal de la apoteosis; y en confirmación de tus oráculos Massiabelle abrióse después para servir de altar á la *Pura y Limpia Inmaculada Concepción*.

Estos días de misericordias inauditas, ya han pasado. Con la armadura de tu fe descansas, soldado y capitán de la gran cruzada, en el sepulcro de la historia, y cuando parecía que las ternuras marianas declinaban, que la grey en marcha perdía de vista esta lámpara misteriosa de sus tiendas, se alza León XIII, genial, chispeante de claridad, artístico, psicólogo hasta la médula del corazón, para ligar la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, lo eterno con lo deleznable, haciendo correr por nuestras manos, rosario bendito

que el niño ha besado con amor y la madre colocado á su pecho con ternura.

¿No es esto una nueva ascensión de las generaciones hacia los altares de la Virgen?

¿No hay en este derrotero de súplicas que no concluyen, esperanzas que se arraigan en el cielo, escalas que nos conducen y acercan á María?

León XIII, más de una vez, abrió sus labios para sondear de la vida humana los problemas.

Las ciencias filosóficas y sociales, los estudios de la teología y de la Escritura, todo, todo sin excepción, reverberó en su palabra luminosa, en su verba, siempre transparencia vivísima de un gran espíritu. Pero, acaso, jamás fué más pontífice, más papa, por decirlo así, que cuando recordó á las almas que en el cielo tenemos una madre y que esa madre es la siempre Virgen, la queridísima María.

No es el calor de Lucrecia, no es el impúdico placer de Mesalina lo que salvará al mundo, al mundo siempre enfermo, y en un lecho de dolencias acerbadas reclinado.

María, estrella de la mañana, sol que alumbra de la tarde el ocaso, María, que al lirio le ha trasmitido su blancura, al arrebol sus tintes, al rocío sus gotas, al manantial su linfa, al bosque su brisa, al prado su esmeralda, al cáliz su sangre, y á la noche sus misterios, salvará de la conflagración universal á los espíritus caídos, porque su valimiento ante Dios no tiene límites, y nadie mejor que Ella sabe lo que importa en la mejilla una lágrima, en el pecho desgarrado un suspiro.

Y en pos del Melquisedec ilustre, ¿quién vuelve á hacer oír armonías marianas en torno del Vaticano y por todas las fronteras del universo? ¿Quién?

¡Manos ungidas de Pío X! recoge nuestros votos. Oro que simboliza la fe, incienso que recuerda la plegaria, mirra que cristaliza el dolor, todo en tu presencia lo deponemos para que, al subir al altar, María, por tu intermedio, oiga el canto de las almas que la adoran, reciba el beso de los labios que la bendicen.

Llegará el fin de tus días. Crespones de dolor colgarán donde hoy se descubren cenefas de lujo; pero entre el concierto de tus glorias, gloria suprema será sin duda haber

recogido de Pío IX la ternura, de León XIII la intuición, para fundir con la sencillez de tu carácter, la ofrenda de inmenso culto con que todos á una saludamos Inmaculada á la personalidad augusta de María. La última estrofa del gran poema la entonas tú, cuando, después de cinco décadas nos recuerdas, con su cumplimiento, la hora de ansias supremas y de triunfos eternos. En las rotaciones del tiempo, tus palabras, al caer enfervorizando las almas, no lo olvidamos, son acentos que nos conducen ante el altar donde la fe descubre la imagen bendita de María.

Fray Pacifico Otero





BARTOLOMÉ MITRE, Colaborador

Plegaria a la Virgen

Traducción del canto XXXIII del Paraiso de (Dante)

San Bernardo suplica a la Virgen, que acuerde al Poeta, la gracia de contemplar la vision de Dios, y sacar saludables lecciones de lo que ha visto

Virgen y madre, la hija de tu hijo,
Alta y humilde como no hai criatura,
Del acuerdo eternal termino hijo!

Tu ennobliste la humana natura,
Tanto, que en su grandera el Hacedor,
No desdena encarnar su propia hechura.

Te reanimó en tu vientre el tanto amor,
Y a tu calor, en paz eternamente,
Ha germinado esta divina flor

Fu eres la mendicava repulgenta
De caridad aqui y alli en el suelo,
De esperanza mortal la viva fuente

Señora, es tan valioso tu consuelo,
Que quien pide merced, si a ti no corre,
Es cual volar sin alas, van anhele.

No solo tu bondad pia suocorre
A quien demanda: a veces generosa
Al que no pide con amor accorre.

En tu misericordia y tu piadosa,
En tu magnificencia, en tise aduna
Cuanto hai en la criatura bondadosa

Ora ote ser, que de infima laguna,
La vida espiritual has reconocido,
Por sus gradas, subiendo un a por unci,

Ruega le sea en gracia concedido,
Poder mirar con ojo levantado
A la final salud, fortalecido.

Y yo, que en contemplarte me he abrasado,
Pido por él, con voto más ferviente
Que no en vano su gracia haga implorado;

Y disipa las nebulas de la mente
De su mortalidad, y esplendor su
Pueda ver su ventura claramente.

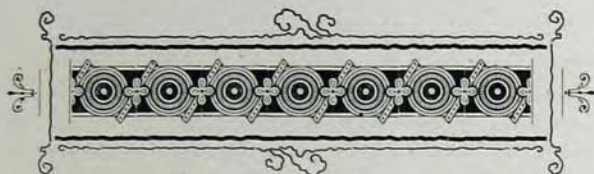
También te ruego, Reina poderosa,
Quieras que guardes sus afectos sanos,
Después de una vision tan portentosa!

Y le guardes de caer cual los humanos!
Mira a Beatriz, con todos los electos,
Que a par de mi, suplican con las manos!

Bartolomé Mitre



OSVALDO MAGNASCO, Colaborador



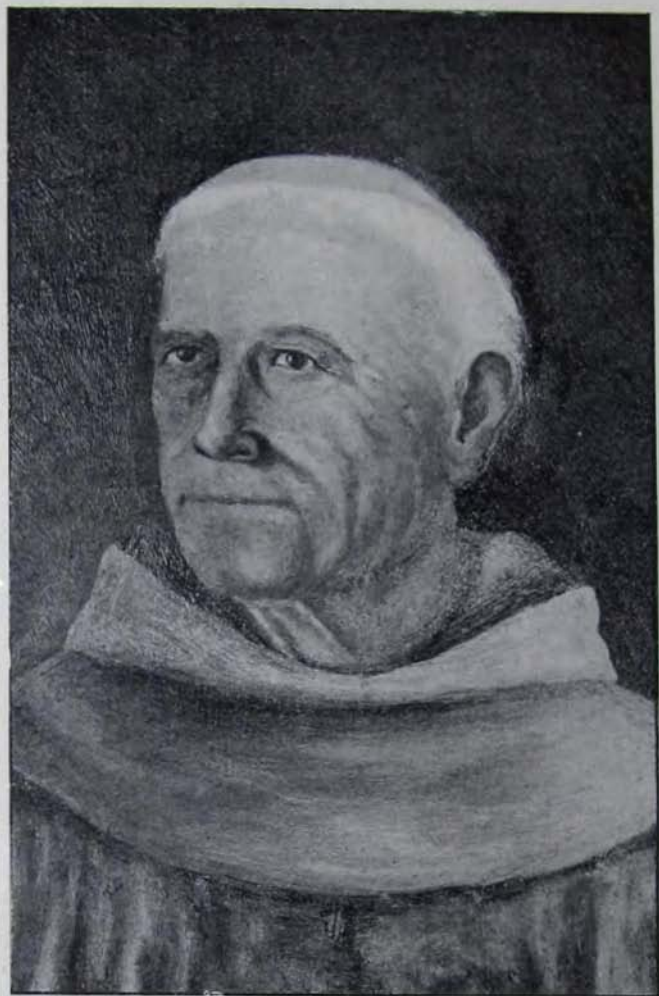
Mater alma

EL espíritu cristiano debe de amar en la virgen de Nazareth los grandes ideales con que la tradición y el arte la manifiestan y decoran. Los análisis de la historia, obra fría de laboratorio, si necesarios para los deseos indeclinables de la razón, se tornan superfluos para los anhelos del sentimiento que, en su sed inmanente de modelo, no permite que le nieguen lo que es de su esencia como divina: el libre juego de su dinamismo idealizador. Y, á pesar del siglo y de la áspera pero fecunda tiranía de sus dogmas económicos, viviremos siempre un poco de sentimiento, tanto más cuanto que la evolución sin término del precario saber humano en inacabable recomposición, suele trocar los alborozos actuales del sabio en las decepciones científicas de mañana... Pero, esta delicada figura galilea tendrá siempre en su favor, en todos los espíritus, universalidad prestigiosa de carácter y aun coincidencias históricas admirables. Ella no es de las tierras tristes y desoladas de la Judea, ni del misero valle flanqueado por la duna ó el breñal en donde apenas si medra la estéril higuera de hojas negras y, á veces, ni siquiera el musgo; no es de la pardá montaña en que la hija de Jefté va á llorar su infortunio en las vísperas del injusto sacrificio, ni de los

huecos solitarios en que se recluyen los profetas para elaborar con lágrimas sus «trágicas predicciones». Es de la amena Nazareth en Galilea, agreste hasta la maravilla, casi la sola sonriente y generosa en toda aquella tierra de largas arideces; la de los cielos lavados en la tinta de un azul casto como sus leyendas; la de los verdes alcores en donde es homogéneo el matiz siempre vivo de la hierba y crecen las mejores anémonas silvestres y las adelfas color de leche; la de los huertos de rosales más floridos que los del Sarón; la de los almendros de larga primavera, la de los granados, precoces en la risa rubicunda de su fruto, la de los limoneros y naranjos de azahares efusivos, la de los montes de nópalos, de olivos y algarrobos en donde las torcaçes murmuran su amoroso regocijo, desgrana sus notas cristalinas la alondra infatigable y, hasta los voraces tordos — *turdus edacibus* — se hacen allí más buenos y más dóciles y pierden el hosco negro de su pluma y se muestran azules con el azul amable de la lejana floresta, de la montaña en el horizonte ó del cielo transparente de las noches plenilunares. Es de Nazaret, á la que parecen custodiar, de un lado, el monte clásico de los cármenes, el Carmelo de los jardines esplendentes, y, del otro, el Tabor de laderas misteriosas y aquel lago inmortal de Tiberiades, desde cuyos collados fuera un día arrojada á todos los ámbitos del mundo la simiente redentora del estupendo Sermón de la Montaña. De Nazareth, en aquella fértil Galilea, el delicioso oasis palestino, en cuyo ambiente de sedativas serenidades, se modelaba, como todavía hoy mismo, más manso y delicado el natural humano y eran por eso más coherentes y hospitalarias sus familias, su hogar más tierno y apacible, sus niños más sonrosados y alegres, sus hombres más enérgicos, laboriosos y tolerantes, y más hermosas, místicas y púdicas sus mujeres. De ahí el rasgo histórico y poético por todos reconocido: esta galilea ha sido aceptada como la personificación de la ideal belleza y, no ya el sentimiento, fácil á las efervescencias del entusiasmo, sino el severo investigador, se ha complacido en pregonarlo destacando con amor, en una de sus páginas más palpitantes, de entre el grupo pastoral de las nazarenas que se dirigen á la fuente, cántaro al hombro como la clásica madianita, á esta doncella

incomparable de diez y seis años que va, toda modestia, efundiendo sin saberlo, esa gracia adorable que habia de estremecer al genio humano y ser, á pesar de la sublime ignorancia de si misma, la inspiración más fecunda, más feliz y más alta de todos los tiempos, *umile ed alta più che creatura*.

Pero, no es sólo su figura brilladora, relevada en la paz luminosa del paisaje nativo, lo que podria colmar los afanes del sentimiento idealizador. El corazón ama la poesia de la forma, pero no se satisface de veras sinó con la poesia elocuente y siempre soberana de lo intimo. Es que el rasgo plástico es lo instable por esencia, lo que se burla de nosotros llamándonos y huyéndonos, es lo que se va, lo que perrece y, no hay doctrina filosófica, ni preocupación social, ni mundana sollicitación, capaces de obscurecer ese diáfano principio de que sólo es estable, firme y divino, y por eso perdurable, el rasgo moral cincelado por la virtud. Para la forma ha sido proferido aquel seguro *pulsis es* del mañana; para la otra, el confortante *immortalia spera*. Y el prestigio de este ideal está menos en su suave exterior que en su concepto, menos en su figura brilladora que en su figura sugeridora: en su moral más que en esa belleza inefable que puso tantas veces á prueba los fervidos arrosos del artista, en su candor intimo y esencial que en las gracias visibles de las virgenes del fresco, del lienzo ó del relieve: está en la blanda rusticidad de sus costumbres, en la tranquila obsesión de su insignificancia, en la libre adopción de su pobreza, en su limpio connubio con el artesano, en su amor para con el indigente, en su gozosa solidaridad con el desheredado, en su maternidad afligida, en la tierna piedad de su alma, en la luminosa serenidad de su resignación, es decir, está en la alta esfera moral que su propio sér determina.... Esta es más que una Palas Atenea. No ha nacido sólo de la cabeza divina como un destello de pensamiento del — *eterno consiglio*, — según la amorosa deprecación del terceto, sino del supremo sentimiento como una armonía del corazón. Por eso es tocante, porque es el corazón lo que hace á los hombres, *coricillum est quod homines facit*, como



El Venerable Padre Fray LUIS BOLAÑOS
Fundador del Santuario de Itatí

decía el latino. No viene ella con arreos que deslumbran, ni blandiendo aceradas jabalinas, ni destellando fulgores de relámpagos, ni murmurando fragores de torrente, ni perturbando la naturaleza, ni conmoviendo la tierra, ni agitando las aguas. No es divinidad guerrera de canto homérico. Es ideal nuestro, porque es más humano. La otra es un ideal majestuoso, pero inaccesible de Panteón. Aquél es un ideal para el pobre, para el obscuro, para el miserable, para el perseguido, para el sufriente; para la esperanza, el desvalimiento y el dolor. De la boca de los humildes nace siempre su elogio: ¿qué le dice al sublime predicador de la Montaña, al divino igualitario, aquella mujer anónima que levanta su acento sobre la inflamada muchedumbre? ¿qué le dice esa ingenua voz de pueblo? Al oír su doctrina fraternal, niveladora, estalla su entusiasmo en un recuerdo y en una bendición. Y ¿qué recuerda y qué bendice? ¡La entraña nutricia de la nazarena! «Dichoso el vientre que te llevó y los senos que te dieron de mamar!»..... Esta es más que una atenea cristiana. Miradla en los frescos de las catacumbas ó en los relieves de los viejos sarcófagos. No reposa, libro en mano, como la otra, *sedet, volumenque tenet*. Ella tiende los brazos al cielo y ora ú ostenta á su niño en la rodilla en un regocijo sereno de gloriosa maternidad; miradla en los mosaicos bizantinos: nada agrega el fausto del nácar y del oro al tierno espiritualismo de la efigie, ni el nimbo y la diadema á la augusta realza de su recato; miradla en los vasos dorados: por algo la han puesto entre palomas; en los murales de Cimabue ó mejor en la primera Madona: es otra vez el pobre, tocado por su candor, la muchedumbre vencida por el sentimiento que inspira, quien la lleva procesionalmente un día, del taller á la Iglesia; y así en toda la soberbia idealización del Renacimiento: amor soberano, lo mismo con Giotto que la humaniza y la trae hacia nosotros, con Fra Angélico que la espiritualiza, con Rafael que al fin la diviniza. Pero es sobre todo así en las grandiosas concepciones del que fuera el padre intelectual de todos los colosos del Renacimiento.

Cuando era más fácil dejar que el espíritu volara según toda su espontánea ingenuidad, dándolo sin reservas al goce casi infantil — quizás hoy anacrónico — del esparcimiento literario, seguí con amor, cuántas veces, el maravilloso desarrollo de aquel poema sin parecido en el que la inspiración humana alcanza, una sola vez en la Historia, su plena culminación. Lo guardo desde entonces en la imaginación sobrecogida, como un monumento gigante que asentara la roca plutónica de su cimiento en las trágicas profundidades en que mora el pobre Ugolino, y se elevara y elevara, decorada su cúspide, rayana en los cielos, con una figura plácida, sonriente, que el poeta escogita digna de su incomparable construcción. Es la de «la Flor de Nazareth.» Nunca presentí, lo confieso, que todo el poema había de ser hecho para servirle de pedestal. ¿Para qué tentar la reproducción de las emociones sentidas entonces, si estas líneas — que espero sean de la satisfacción del docto fraile que me las pide — sólo pueden ser una corta divagación? Pero, recuerdo como deslumbrado por aquella creciente efusión de cerúleas claridades del relato, cómo presente el poeta á la gentil nazarena al aproximarse á las infinitudes de la última insondable esfera en que «María intercesora», magnífica, en áureo sitial, unvida la frente por soplos de perennidad, irradia su gloria, eternamente mansa como ella. «Entre lirios, dice, cuya fragancia denuncia el buen camino», está la Rosa, mejor que la de los rosales del Sarón; «entre los grandes patricios de este imperio de piedad y de justicia», está ahora la que iba al manantial, cántaro al hombro, exhalando sin saberlo esa gracia adorable que había de estremecer al genio humano; ahí está, *Donna del ciel*, Señora de lo alto al presente, «triumfal en el cielo como fuera triumphal en el mundo», aureolada por el resplandor sideral de una blanca población alada, escuchando — humilde todavía! — radiante de inefable beatitud, entre el clamor colosal de los hosannas, el canto inmortal de su gloria primaria: *Ave, gratia plena!....*

Ave, pues, Ideal!....

Y, si vivimos siempre un poco de sentimiento, levantemos como el altísimo peregrino, la mirada hacia el ideal,

cualquiera que él sea, sustraídos un momento á las porfiadas sollicitaciones de acá abajo, creyendo después de todo, que también es energía útil esa espontánea ingenuidad que, al fin, dormita en el fondo de todas las almas y suele revelarse fecunda en los instantes fugaces del recogimiento. Es entonces que se ve el ideal, color de cielo, color de zafiro, en toda su soberana excelsitud, y entonces también cuando se recuerda que él es el que hace á los hombres, que él los transforma, los purifica, y los salva con la visión regeneradora de la altura. Mirémosla, pues, de vez en cuando á esa altura generosa, al menos para evitarnos en la hora irrenunciable del último cómputo, el tardío reproche del romano de las *familiares*: *ah, si minus vitae cupidi fuissetus!* Ah, si hubiésemos sido menos apegados á la vida!...

O. Mapase.

Diciembre de 1894.





ANGEL ESTRADA (hijo), Colaborador



Sancta Virgo Virginum

LA nave recortada por la grisácea ojiva,
La tarde del crucero recibe en el espacio;
Y un halo de misterios de la honda perspectiva
Tan sólo son el záfiro, la plata y el topacio.

Apagan sus fulgencias los vidrios moribundos;
Meditan los matices sin exhalar reflejos:
Los mismos rubios ángeles parecen monjes viejos,
Y caen las figuras en sueños más profundos.

La Virgen, en más altas, azules lejanías,
Resurge en el misterio flotante de la nave,
Y adora sus destellos el templo, por que sabe
Los siglos que le han dado su soplo en letanias.

¡La Virgen!... Es su túnica rubí, que incandescente
Aún arde entre los pliegues azules de su manto;
Cándida luna de oro, su nimbo, á cuyo encanto
El alma ser quisiera reflejadora fuente.

La tarde en ese manto su lecho se ha elegido;
Se extingue bajo su ala: los santos se ensombrecen;

Los ángeles se borran, y todos desvanecen
Su luz, como plegaria mental, sin hacer ruido.

Allí, sola en la altura, se ve á la Virgen tierna,
Que aún luce de colores una ligera brisa;
Y en la imponente noche parece una sonrisa
Vivir, tal una lámpara, sin apagarse, eterna.

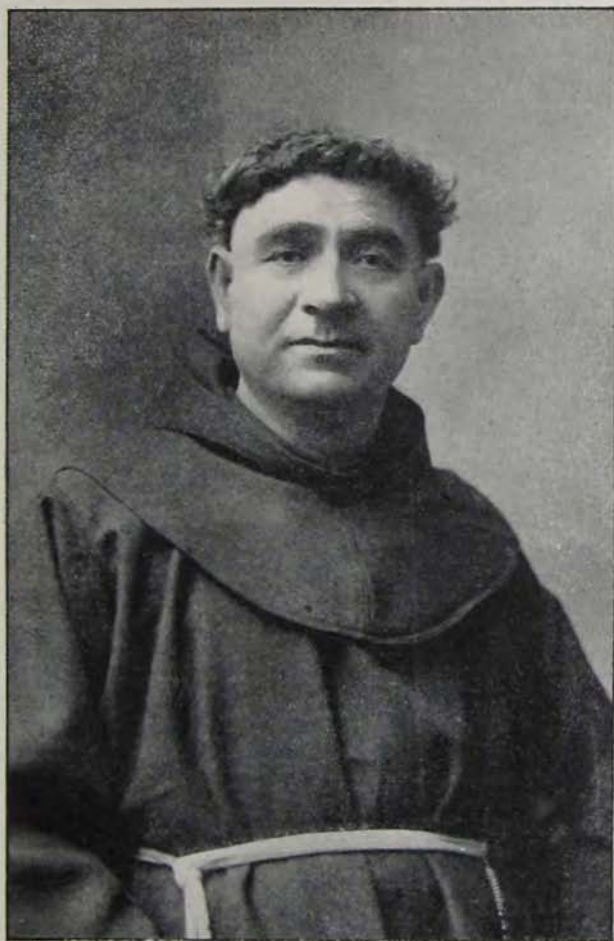
Color inmenso anega á la humana criatura;
No puede cual la noche dormirse bajo el manto,
Y mira en sombra un ángel de un vidrio con espanto;
También fué así de nieve su antigua vestidura.

En el silencio vivo se escucha desde el coro
La voz susurradora de un soplo gregoriano,
Y en un tropel de notas de aliento soberano,
Estalla en las alturas el órgano sonoro.

Los cirios parpadean, se encienden y crepitan;
El alma se penetra de una íntima ternura,
Y una interior belleza de su áspera amargura
Cobra alas de oraciones que gimen y palpitan.

La Virgen!.... La vidriera le dió sus venturosas
Figuras exhaladas como en sutil incienso,
Y ante ella sus miserias ahoga en grito intenso
El alma, y da perfumes de sus antiguas rosas!

Angel de Dios



Fr. ZENON BUSTOS



Sedes sapientiae

VEMOS alejada de los círculos intelectuales á María inmaculada, y creemos que esto no es un buen augurio para la prosperidad social, que no se verifica, si no es por efecto de las ciencias y doctrinas alimentadas en principios inmutables y sanos.

Hoy, más que ayer, desprestigiados estos principios en el comercio intelectual y científico, reclaman imperiosamente el prestigio de María inmaculada con su dogma, los gimnasios intelectuales, los estudios universitarios, los salones de colación de títulos y el mismo ceremonial de los grados.

Esto, á más de útil, necesario, en las disciplinas científicas modernas, no sería nada extraño á los elementos componentes de la constitución psicológica de los pueblos de estas regiones. Envueltos en una corriente etnológica, vamos perdiendo á gran prisa la homogeneidad de la sangre, y arrasados por otra corriente más impetuosa aún que esta otra, en el orden intelectual y religioso, vamos entregando á girones, las ideas nacionales principistas y las creencias transmitidas por herencia directa. Antes que extraño, sería lo debido volver á María Inmaculada, á los estudios, á las aulas, á las

universidades de estos países, que se hallan amasados con su piedad y con sus luces. Surgidos en los dominios incásicos y aztecas, y asentados sobre las ruinas de estos gigantesos imperios, ocupamos el teatro descubierto por Colón, inspirado y fortificado por la Inmaculada de la Rábida: tenemos la sangre, el idioma y la religión bendita que atravesaron el mar tenebroso en la Santa María; y nada es mayor nobleza en una raza, que defender y conservar sus más preciosas tradiciones, ni nada más clara señal de haber perdido su altivez y caído en la indolencia cercana á su desaparición. Mañana seremos otra raza y otros pueblos, desnudos de todo lo que nos pertenecía, y diluidos en las aguas de las caudalosas corrientes invasoras.

Al expresarnos así, expresamos el voto, además de lo dicho, de una noble tradición que los intelectuales deben restaurar. La nación española, vió y nos enseñó á ver en la Madre del Salvador, la inspiración más feliz de sus consejos, y la luz protectora de las ciencias. Para ella y sus monarcas, María Inmaculada, fué el asiento de la sabiduría.

En este concepto, Carlos III suplica y obtiene de la Santa Sede, en 1761 (1), el patronato especial de María Inmaculada para las Españas y Américas. Y muchos años antes que este monarca incorporase á María Inmaculada á nuestro espíritu y tradiciones, en esa forma, muchos de sus predecesores lo habían hecho, incorporándola á nuestros esfuerzos intelectuales y al desenvolvimiento científico operado en las universidades. A los catedráticos titulares de las universidades, les mandaban que en llegando á «tratar ó leer materias en que suele verse la cuestión de la limpieza de la serenísima Virgen María en su Concepción, no la pasen en silencio, y expresamente lean y prueben cómo fué concebida sin pecado original» (2). Y no contentos en disponer esto por una ley, quieren robustecerla con el acto sacramental del juramento. Ordenan, «que en las universidades que así lo hubiesen votado, ninguno pueda recibir grado mayor, de licencia-

(1) Novísima Recopilación, libro 1, tit. 1, ley xvi.

(2) Recopil. de Indias, 1, tit. xxii, ley liv, lib. x.

do, maestro ni doctor, en facultad alguna, ni aun el de bachiller en teología, si no hiciere primero juramento de que siempre tendrá y creará y enseñará, de palabra y por escrito, haber sido siempre la Virgen Maria concebida sin pecado original (3).

Pronto pasaron del código de las leyes á los hechos prácticos los sentimientos de los monarcas que se transformarían en tradiciones americanas. Se incorpora la práctica de este juramento en las universidades de Méjico y de Lima, las primeras de este continente, y se establecen penas pecuniarias contra los Rectores que confriesen grados al que rehusare hacerlo, y privación de oficio al secretario que no lo denunciara. El cuerpo académico de aquellas universidades, funcionaron en sus tareas ilustrativas, contemplando en Maria á la «Madre de la sabiduría, maestra de las gentes y disciplina de las costumbres»; inspirando por el juramento á sus laureados el deber «de profesar, enseñar y defender»... y de no «hacer contrariamente, ni con palabra, ni con escrito, ni de ninguna otra manera», «ser aquella verdadera y natural concepción de la Virgen, en el primer instante de su vida, enteramente limpia de la mancha original» (4).

Dentro de iguales ideas á las de aquellas universidades, poco después de fundarse la de Córdoba, en asambleas de sus graduados, y por voto unánime de todos, fué proclamada, Maria Santísima, bajo el misterio de su inmaculada Concepción, en patrona de la universidad (5); y colocados bajo del patronato, avanzaron con sus empeños de estrechar su confianza y esperanzas en la soberana Reina, estableciendo, por juramento, la obligación para sus graduados, de «defender, pública y privadamente, sosteniendo la piadosa opinión de la inmaculada Concepción de Maria, y que fué concebida sin ninguna mancha de pecado, desde su primer instante» (6).

Al par que los homenajes americanos corrian de norte á sud alzando multiplicados templos á la Inmaculada, el

(3) Recopil. lib. 1, tit. xxii, ley xv.

(4) Constituciones de la universidad de Lima, 1735.

(5) Lib. 1, de Claustros, año 1678.

(6) Constituciones de la Universidad de Córdoba.

gremio intelectual de sus mejores y más escogidos talentos, agrandaba sus luces con sus obsequios, y sentaba premisas sobre su doctrina jurada para deducir diversas consecuencias contenidas en ella, y que son á la vez otras tantas enseñanzas que deben proteger el desenvolvimiento y marcha normal de la sociedad. Los talentos iluminados por el estudio, que siempre rodean las cortes, y los oráculos de la fe, habian hecho penetrar en el ánimo de los soberanos de la antigua metrópoli, de una manera profunda, las ventajas que esta doctrina derrama en las inteligencias que se cultivan, en los que practican esforzadas excursiones científicas, y en las ya maduras por la luz y calor de las ciencias adquiridas.

Los centros científicos de esta hora, más necesitados de firmes convicciones y principios de aquellos de otros tiempos, encontrarían una buena antorcha, que les guiara en el dogma de Maria Inmaculada.

Esta doctrina convertida en dogma, es una regla incontrovertible de criterio, y un principio de grandes y seguras deducciones en el campo de las ciencias religiosas y morales. Declarada invulnerable contra el error, es un sol que se alza y coloca en el campo de esas ciencias, desconociendo, en primer término, las libertades arbitrarias de conciencia y de pensamiento, como el positivismo las entiende y propaga, é hiriendo, después, el confuso laberinto de opiniones recíprocamente excluyentes, antagónicas entre sí, ó denigrantes para el entendimiento, que vienen encarnando esos movimientos desordenados y subversivos que conmueven la sociedad.

En momentos que la incertidumbre y la duda dominan el campo de los estudios, este principio ofrece una ancla de primera fuerza contra la ola. Por el tiempo estamos lejos de Descartes, pero estamos envueltos por las ondulaciones de la marea levantada por la duda metódica de aquél.

Cada uno que pone sus manos al libro de estudio, haya hecho ó no el primer giro en las evoluciones de la lógica, ya adjudica una soberanía universal á su entendimiento: ya lo lanza á volar en todas direcciones, con entera prescindencia de todo principio, y sin divisar ni confusamente el término extremo en que irá á parar su carrera. Apetitoso de novedades y de luces, se desnuda de toda reverencia, y acomete



Fr. DIONISIO SCHÜLER, General de la Orden



contra el misterio religioso, y pregunta impaciente por descubrir lo oculto por impenetrable. *¿Cur praecepit Deus hoc?* Pregunta, no para caer con la rodilla en tierra y venerar el designio del Altísimo, sino para negar lo que no puede dominar con sus esfuerzos y alistarse prematuramente entre los escépticos. Trastorna el orden metafísico con sus ideas erradas; profana la moral negando acatamiento al precepto.

¿Por qué se manda esto, por qué se prohíbe esto otro por la iglesia? son sus preguntas, son sus dudas, y son el motivo de sus negaciones. En ocasiones, sin ninguno de los méritos de Descartes, le aventajan en ser radicales en la duda. Ponen la duda por primer mandamiento en las ciencias, como la puso Descartes; y en todo animados á seguirle pidiéndole inspiración; dicen: Descartes la levantó del oprobio en que yacía y le señaló su lugar de honor entre nuestros deberes, y á nosotros nos toca mantenerla coronada en alto.

Suplantando á la duda todo principio, entran á las indagaciones, y acaban en la incredulidad. ¿Existe un ser supremo? ¿La fábrica del universo se debe á sí misma? ¿Existe el alma espiritual? ¿Es inmortal, si existe? ¿Hay otra existencia para premios y castigos?... Aplicada la duda, la disquisición se abre camino, y por ese camino llega al precipicio el entendimiento divorciado de la fe.

El entendimiento, avenido con la multitud de misterios con que este mundo bajo le abruma, sin humillarle, se siente menguado por los del mundo superior, y reniega de ese mundo para no reconocerlos. Y le es cómodo, y no le es violento á su criterio, porque para no verse obligado por la fuerza del raciocinio y de la lógica, ha abdicado de todo principio y ha echado mano para su cimiento de la dezlenable arena de la duda.

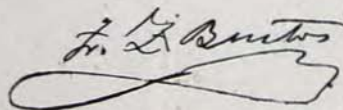
Sin ser más que una pieza muy chica de este planeta que los filósofos antiguos llamaron *microcosmo* por ser de los menores, no teme presentarse censurable ante el sano criterio con la pretensión del dominio universal para su entendimiento. Justificando su duda y su incredulidad, va más allá de donde llegaron con la indagación los esfuerzos más asiduos de los talentos más vigorosos, va más allá en pretensiones, censurando de crédulos en quimeras á los que con aquéllos admiran la grandiosidad del Dios invisible.

Se olvidan lo ridículo que sería la pretensión de abarcar á Dios y al universo con el entendimiento, cuando siempre será rigurosamente exacta la expresión de Malebranche, de que « la mejor manera de concebir á Dios, es concebirle incomprendible »; se olvidan que no es practicable encerrar al océano con todas sus aguas en una copa, que el entendimiento ostenta toda su discreción y grandeza, cuando, como Newton, después de haberle conquistado los secretos del mundo sidéreo, se acerca al sepulcro confesando que se ha entretenido durante su vida jugando con las conchas de la playa resándole inexplorada la inmensidad del océano; se olvidan que entre las testas coronadas de los entendimientos conspicuos, no pasó ninguno que no fuese detenido en sus campañas por la barrera de bronce levantada por el orden sobrenatural; se olvidan que ni la figura radiante de Edisón, soberano en el mundo de las ciencias físicas, se babrá visto libre de ser dominado y vencido por esa frontera; se olvidan que avanzar sobre ella es más imposible al entendimiento en sus excursiones, que lo que fué á Ciro, Alejandro y César, extender sus conquistas guerreras más allá del ámbito abarcado por su robusto brazo alargado por la espada. Puede jactarse algún talento de ser poderoso como la ola bramadora del océano irri-tado, pero ni así saltará la valla que se le ha puesto por su autor y tendrá que inclinarse reverente ante ese confín insalvable: acabará superado, como aquélla acaba desalentada en la suave llanura de la playa. Es la naturaleza imponiendo su ley inquebrantable de las grandezas y soberanías solamente relativas en las cosas, reservando lo absoluto para Dios. Es la ley de los círculos concéntricos, más ó menos amplios, desarrollándose cada uno sobre su propio horizonte, sin perjudicarse entre sí y satisfechos los chicos y los grandes con girar sobre el mismo punto céntrico que les prestó ser.

Sellada con el dogma la doctrina de la preservación de Maria de la culpa original, el pensamiento cesa de flotar en espacios inútiles, no divaga más sobre hipótesis diversas, no gasta estérilmente sus fuerzas inquisitoriales, mientras que recibe una poderosa luz y se encuentra colocado á la puerta de dilatados horizontes de otros diversos conocimientos.

Luego ocurre, en conclusión, siendo un privilegio su preservación, todos los demás de la estirpe adamítica, venían y vienen despotizados por el pecado de origen. Esta preservación, es la suspensión de una ley superior á todo poder humano, que revela, con la existencia de otro mundo sobre el visible, las inteligencias altas que lo habitan y á Dios supremo moderador que lo gobierna. Este hecho sólo de esas alturas ha podido producirse: revela la intervención soberana de Dios en el destino de los pueblos, produciéndolo, y que éstos no marchan abandonados á sí mismos, ni van arrastrados por un ciego fatalismo: revela que hay bondad y amor para los hombres en las regiones superiores, preparando la redención con una santidad especial en la Madre del Redentor: revela que la humanidad fué primitivamente derrocada por la culpabilidad de una Eva, y que en la plenitud de los tiempos hubo otra privilegiada que ayudó á su rescate siendo conductora del Libertador.

Estos y tantos otros horizontes quedan abiertos á las inteligencias humanas por el dogma de la preservación original. Ofrece una verdadera piedra filosofal á los cultivadores de las ciencias sociológicas. Los talentos americanos, tomando inspiración en ella, rendirían debido homenaje á esta veneranda tradición, se la asegurarían á los pueblos y obstruirían el paso á las funestas utopías de la libertad de conciencia sin respetos para ninguna ley, y de la libertad de pensamiento que monta en una nube de vapor y esparce teorías, sin principios reconocidos, sin beneficios prácticos para la sociedad, y sin término final asegurado.



Buenos Aires, Noviembre 4 de 1904.



Dr. ESTANISLAO ZEBALLOS, Colaborador



Las madonas de Génova

NOTAS DE VIAJE

GÉNOVA tiene una historia de sufrimientos y de heroísmo populares que emociona cuando la estudiamos en los *vicis*, bajo la bóveda de los templos, á la faz de los palacios, en el viejo corazón urbano de *Castello*.

Damos la espalda hoy al imponente «palazzo ducale» y descendimos á lo largo de un *Vico* (*Vicus* de los romanos) via angosta, de metro y medio de anchura, que más parecía el cauce de un arroyuelo, labrado entre dos altas murallas de piedra. Los edificios de una y otra acera, son, en verdad, elevados; y el *Vico* no gozó jamás de los favores del sol, del aire, de la higiene, ni de la salud! El terreno descende casi con violencia; pero de improviso penetramos á otro *Vico*, sofocante, frio y obscuro, como los vecinos y el terreno sube una cuesta abrupta.

Esta que pisamos, angosta como un zaguán modesto, fué, sin embargo, la via lujosa de los tiempos primitivos, como las alamedas de Paris, la quinta avenida de New-York ó la calle de la Florida en Buenos Aires: ¿Es el *vico* de la Magdalena?

Evidentemente escalamos un cerro oculto bajo la edificación maciza y secular. Nos aproximamos por momentos al puerto, porque este cerro dominaba la bahía desde el extremo sur del arco que allí describe la costa, recibiendo al mar en su seno. Es la histórica cumbre del glorioso *Castello* otrora *santuario della libertà genovese*.

Y, en efecto, después de subir á lo largo de numerosos *Vicos* de corta extensión, cruzando los otros más largos de Pollapioli, de San Donato, Vegetti y Mascheroni, llegamos casi jadeantes á la *Salita di Santa Maria del Castello*, cerca del viejo lugar doblemente consagrado por la piedad y el heroísmo, á la cima del *Castillo*, sobre la cual levantan sus muros frente á frente, la iglesia más antigua de Génova (año 925) y la no menos añosa torre de piedra de las defensas extremas, divididas por una plaza, menos espaciosa que los patios de mi casa, de seis por diez metros de costado, próximamente.

Cuando contemplamos la fusca y derruida fachada gótica de la iglesia de *Santa Maria del Castello*, y luego percibimos la torre de negra y tosca piedra, de 165 palmos de altura, que el heroísmo de los Embriaci unió indisolublemente á la historia de Génova y de Italia, nos detuvimos emocionados. ¡Y esta contemplación conmovedora, de religión, de heroísmo y de arte, vale por sí sola la visita de Génova, que los viajeros suelen, sin embargo, cruzar de largo!

De las sombrías almenas coronadas por la torre descendieron los caballeros, que al llamado de Urbano II partían para la primera cruzada; bajo las bóvedas del templo de los predicadores, de singular arquitectura, profanado por las refacciones y el abandono, recibieron la bendición de los prelados, y la sagrada hostia, que inflamaba las almas y levantó los brazos férreos contra el agareno. Al torreón grandioso y azulino penetró, saludado por clarines y atabales, Guglielmo Embriaco, vencedor de Cesarea; y en el templo de arcos elegantes y esbeltas columnas, depositó los trofeos arrebatados á los héroes de la Media Luna!

La historia de siglos de zozobras de los genoveses, vino á mi memoria, cuando aun no repuesto de la emoción, dejaba vagar la mirada penetrante en los *vicos* que descienden sobre

los flancos del cerro cual cauces desprendidos y sinuosamente lanzados hacia el mar y hacia los valles interiores.

Génova, post-romana, fué edificada entorno del *Castello*, al amparo de la cruz del templo y de la Cruz de la espada, resplandecientes en la altura. Y la edificación era compacta, alta, y las calles angostas, *vicos*, por necesidades extratélicas de concentración y de defensa. No solamente las guerras locales amenazaban á los habitantes del codiciado puerto. Los sarracenos implacables venían á menudo con sus escuadras á perturbar el sueño de los genoveses, ya industriosos y libres. Y cuando no subían del Africa ó de Sicilia, se lanzaban contra las costas feraces y encantadores de la Liguria, desde su establecimiento de la cercana isla de Cerdeña.

¡Y entonces, al sonar el clarín de alarma, los guerreros se encontraban en el *Castello*, y las familias amenazadas, tendían tablas de ventana á ventana, de acera á acera, á guisa de puentecillos, y pasaban de casa en casa y de *vico* en *vico*, á cubierto de la hostilidad del musulmán implacable, hasta la torre misma de las resistencias valerosas y supremas! Hé ahí explicada esta construcción singular de la histórica Génova, alrededor del *Castello*, que parece una masa sólida de piedras y mampostería, interrumpida de trecho en trecho por grietas oscuras, largas y profundas; los *vicos*!

Las gentes sencillas no tenían en aquellas noches de peligros y de angustias, otras esperanzas que las ofrecidas por la cruz del templo y por las espadas de los guerreros. Y como el mayor peligro provenía del valeroso é infiel agareno, los asaltos eran lances de religión y de armas. El alma de los genoveses alcanzó entonces los límites más altos de la exaltación piadosa; y más que á las espadas y ballestas, confiaban sus vidas y haciendas, al favor divino. Hemos contemplado hoy las pruebas copiosas en todos los *vicos* recorridos. Los moradores asustados de Génova de los siglos VIII y IX á la vez que erigían el templo de *Santa Maria del Castello*, ponían sus propios palacios ó moradas humildes al amparo de la Madona de su devoción. Por eso en las esquinas modestas, bajo las ventanas elegantes ó sobre el pórtico de los suntuosos palacios, sobresalen madonas en nichos, de diversas dimensiones y riquezas, guarnecidas con artísticos

atributos, ó talladas en mármol, al aire libre, cubiertas de amarillosa pátina, y todos con sus fanales, donde la piedad de muchas generaciones, encendió la luz propiciatoria, desahogando el terror de unas horas y las esperanzas de toda la vida!

Pero la más notable de todas las madonas, de la vieja Génova, nos pareció la que encontramos cuando ascendíamos la *Salita de Santa Maria del Castello*, antes de llegar á la pequeña plaza recordada. Al frente de un edificio modesto, que fué morada de guerreros, á un paso de la torre de los Embriacci y hoy parece escuela de religiosas, quedaba á nuestra izquierda una de las joyas de historia y de arte, que el viajero profano no advierte en Génova, no obstante de que se repiten casi en todos los antiguos edificios. Era una madona primorosamente trabajada, protegida por verja de hierro, que más parecía de filigrana! Al pie de la Virgen leímos una inscripción grabada en mármol y en viejos caracteres, que dice:

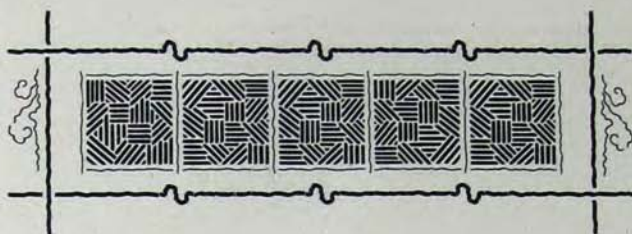
*Mentre passi, o fedele, per questa via
Mira tua madre e dille « Ave Maria ».*

Estanislao S. Zeballes



Fr. PANTALEÓN GARCIA





El culto á María

HAY íntima analogía entre un rayo de luz del sol que llega á nuestro planeta y un rayo de luz de Dios que ilumina nuestras almas.

Cuando la luz solar cae sobre un cuerpo obscuro, pudiera decirse que allí muere absorbida, inutilizada.

Cuando esa misma luz se vierte sobre una superficie tersa y cristalina colocada en las condiciones de la óptica para el fenómeno de la reflexión, es devuelta hacia el espacio multiplicándose sus resplandores.

Así sucede con la luz de la revelación que Dios proyecta sobre el alma. Si ésta es egoísta é ingrata, esteriliza ese don para su propia ruina; si es agradecida y celosa la refleja hacia el ambiente social por las obras buenas y la propaganda.

Colocada María á la cabeza de la humanidad redimida, recibió mejor que nadie los fulgores de la luz de Dios, y á la manera de un espejo de justicia y santidad los refleja sobre el mundo, vasto teatro de su celo por la gloria del Señor.

* * *

Que María hubiese concebido en sus entrañas purísimas por obra del Espíritu Santo al Redentor que esperaba la

humanidad, era todavía *un secreto de los cielos*. Mientras el mundo ignoraba que Dios le había hecho por medio de María el más grande de sus dones—darle su Hijo Unigénito—descórrase ante los ojos de Isabel, prima de la Virgen, el velo que ocultaba esos misterios y al recibir su cariñosa visita la aclamaba «Madre de su Señor».

A esta primera enunciación del título más honroso que pudieran dar los cielos y la tierra, el tiempo y la eternidad á la que había engendrado al Verbo en su castísimo seno, vinculó Dios clarísimas revelaciones de sus designios y rasgos eficacísimos de su poderío. Así ha hecho vivir esa escena de la vida de la Virgen Santísima en la memoria del mundo formándole un marco de veinte siglos empeñados en cumplir las palabras proféticas con que contesta María desafiando valientemente el porvenir.

«Bendita entre las mujeres» la había llamado el Arcángel y «bendito el fruto de tu vientre» había glosado Isabel preguntándose de dónde le venía la dicha de que la madre de Dios fuese á visitarla.

No se limita á esta primicia de aclamaciones y elogios de la maternidad de María el simpático privilegio de la madre del Bautista. Dios la encarga de proclamar en su nombre, y á impulsos de una inspiración divina la *causa suprema* de su encumbración sobre toda la humanidad. *Beata quae credidisti*. «Dichosa tú que has creído», porque va á cumplirse en tí cuanto te ha sido revelado por el Altísimo.

Esta felicitación que el cielo dicta á Isabel, responde á un ideal divino, por el que á la vez que se rinde un homenaje á la *fe de la Santísima Virgen*, virtud de que ella sería maestra y modelo reflejándola sobre la Iglesia, se nos hace advertir que, como Juan fué delante de los pasos de Jesús anunciando su palabra docente y su obra redentora, así Isabel envió sus aclamaciones, elogios y parabienes al encuentro de María como preciosa primicia de una glorificación universal y eterna.

* * *

Por el mismo himno sublime con que María nos revela lo que Dios le ha descubierto sobre los homenajes que le ha



La Coronación de la Virgen de Fr. ANGÉLICO



de tributar «todas las generaciones», nos patentiza cuál es el ideal de Dios al suscitar el culto con que va á honrar á su Madre «para que su misericordia se extienda de generación en generación *sobre los que le temen*».

El culto de María Santísima ha de llevarnos, pues, al santo temor de Dios, principio de toda sabiduría. Los cielos nos lo declaran por sus mismos labios, del mismo modo que los ángeles cantarán luego sobre la cuna de Jesús Niño, que su venida al mundo traería la paz á los hombres, mas no indistintamente á todos los hombres, sino únicamente á los *hombres de buena voluntad*.

Quando Jacob huía hacia la Mesopotamia rendido por la fatiga quedóse profundamente dormido y tuvo en sueño una visión por la que vió una escala que subía de la tierra al cielo y á Dios que se apoyaba en el último peldaño de la escala: *et Dominum innixum scala*. Hablándole Dios desde aquella altura le anunció que *en su descendencia* serian bendecidas y favorecidas todas las tribus de la tierra.

La palabra de los intérpretes de la Escritura que han visto en esta profecía divina uno de tantos anuncios de que el Mesías prometido nacería de una hija de la descendencia de Jacob, nos ha dicho que los distintos tramos de aquella mística escala representan á las humanas generaciones desde Jacob á Jesús.

¿Dios se apoya, pues, en María para darnos por su intermedio á su Hijo? ¿Lo podemos afirmar? No es mengua nó, para Dios, el dar participación á sus criaturas en los triunfos de su gloria según la conocida ley de elegir á los pequeños para humillar á los altaneros.

Es precisamente lo que reveló Dios en el Génesis anunciándonos por vez primera la reivindicación de su honra ultrajada: Voy á suscitar una *enemistad eterna* entre ti y una mujer. La enemistad es un afecto, un apasionamiento, una energía que radica necesariamente *en un corazón*

—*inimicitias ponam*—y el Corazón de María, será el punto de apoyo para la grandiosa lucha que mantendrá la Iglesia por la gloria de Dios frente al Espíritu del mal hasta el último día de los tiempos.

José Ignacio Yans
Presbítero

Buenos Aires, Noviembre 3 de 1904.





F. FRANCISCO DE MONTE ALVERNE





VIDRIERA

Virgo clemens

HAY tres cruces solitarias,
Hay tres cruces silenciosas ;
En el monte no hay plegarias
Y en la noche es el relente como llanto de las cosas.
Ved las cruces silenciosas,
Ved las cruces solitarias,
Vierten lumbres estelarias de sus cumbres misteriosas.
Es la luz que suave exhalan sus tres símbolos que velan,
Y el espanto de las sombras con su espíritu consuelan.
En la cruz del centro, leve
Cruz, que tiene la apariencia de divina,
Con sus alas victoriosas de relámpago de nieve
La paloma se ilumina.
En la cruz de penitente
Que de Dimas trono fuera,
Hay un rostro que se forma, triunfalmente,
Vivo sol con los destellos de su rubia cabellera.
Así un hombre en ella vela y en el sol se diviniza,

Y en la otra, donde el crimen sin perdón dejó su rastro,
Hay un rostro de mujer que se idealiza
En la luna, que le teje como un nimbo de alabastro.
Con su suave encanto tierno,
¿Qué hace allí en la cruz aquella
Cruz que ha hundido sus raíces en las fauces del infierno?...
En sus ojos hay piedades y en su luz melancolía,
¡Ah! cuán dulce, pura, bella,
La piadosa fantasía;
Más que nunca madre santa, más que nunca: Ave María.

Museo de la Cruz





Fr. MAMERTO ESQUIÚ



La Orden Mariana

EN aquellos divinos coloquios, que tuvo el extático Francisco con la Virgen Santísima en la solitaria ermita de la Porciúncula, entre tantos y tan sorprendentes dones como recibió del cielo, le fué sin duda revelada también esta verdad.

La humildad del *Poveretto*, recibiendo de María la misión de custodiar el lirio inmaculado y de hacer aspirar á la cristiandad su celestial perfume, ¡qué enseñanza sublime para el cristiano! ¡qué asunto y qué fuente de inspiración para el arte!

El hecho es que, como los rosales, perennemente verdes, que nacieron al contacto del cuerpo del santo penitente de Asís cerca de la Capillita de la *Madonna degli Angeli*, así ha se conservado siempre viva en el seno de la Orden Franciscana la tradición de la creencia en la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Nadie puede señalar una época precisa al nacimiento de esa creencia en la historia de aquella Orden famosa; ni apuntar un tiempo, en que no fuera en ella profesada por unanimidad completa por sus escritores, sus teólogos y sus predicadores.

Nadie, que haya leído la historia eclesiástica y conozca un tanto las biografías de las más grandes figuras de santos y de sabios que han ilustrado las páginas de aquélla, ignora el influjo que le ha cabido á la Orden Franciscana en la difusión de esta creencia entre los cristianos, máxime desde que el *doctor sutil*, el émulo de Santo Tomás de Aquino, el gran fraile Duns Scoto, sustentó en la Universidad de París su famosa tesis, que nadie se atrevió á discutirle y que llevó la convicción á los ánimos de toda la escuela teológica de su época.

Potuit; deuit; ergo fecit; férreo dilema, en que todavía hoy se encierra toda la demostración dogmática en este punto y que la misma Bula de Pío IX toma como plan y base de su exposición de motivos para la definición doctrinal.

Desde que el insigne franciscano, gigante de la lógica, les asestó ese golpe de maza, los contradictores, si los hubo, enmudecieron; y á pesar de la envidia de un triunfo tan grande, si existió en alguna escuela teológica ó corporación docta, nadie se atrevió á aceptar el reto y á medirse con semejante atleta, recogiendo el guante que él arrojara.

En corroboración de esto mismo, es preciso no olvidar que en la Orden Franciscana se ha celebrado la fiesta de la Inmaculada Concepción siglos antes de que ésta fuera definida dogma de fe católica y que altares, á ella dedicados é imágenes, que la representaran en ese misterio, existieron en todo tiempo en los templos franciscanos.

España, entre las naciones católicas, la Orden Franciscana entre las órdenes religiosas, son, pues, los heraldos de esa creencia, que es hoy la de todos los católicos: España, en cuyas más célebres universidades era condición para obtener la láurea académica profesar y sustentar la tesis de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios y cuyos reyes llevaron su imagen pintada en el arzón de su silla de montar en sus campañas militares contra los moros de Andalucía; y grabada en sus pendones; en la guerra y en la paz: la Orden Franciscana enseñando á la cristiandad con la palabra y con el ejemplo la fe y la práctica de la devoción á ese incomparable privilegio de María, e inspirando á Murillo, el inmortal tercero franciscano, la idea de sus *Concepciones*, que nadie



La Virgen de la Misericordia de Fr. BARTOLOMÉ

ha podido imitar hasta hoy y que son el tipo irremplazable en la estatuaria cristiana para representar ese misterio.

Murillo, el *pintor de la Teología*, como se le ha llamado, es en el arte hijo adoptivo de Francisco de Asís. Este último no habría pintado de otro modo, si en medio de uno de sus maravillosos éxtasis el ángel hubiera puesto en su diestra un pincel.

El viajero, sensible á las bellezas del arte cristiano, que haya tenido la suerte de contemplar en el Museo Pictórico de Sevilla aquella serie de celestiales cuadros de Murillo, el *San Antonio* de la Catedral y las cuatro ó cinco telas en la Iglesia del Hospital de la *Caridad*, se dara cuenta fácilmente de esta afinidad, de este parentesco espiritual, entre el gran pintor y el divino fraile, que, además de santo, fué sublime poeta y artista, sin sospecharlo, ni preocuparse de otra cosa, que de amar á Dios como un serafín.

Es obra de justicia recordar estos antecedentes, aunque más no sea así, á la ligera, evocando al pasar estas grandes figuras de la tradición Mariana en la Iglesia.

Y en una publicación franciscana como ésta, no se podrá tachar de vanidad la legítima reivindicación de tan grandes glorias domésticas y de tan caras tradiciones familiares.

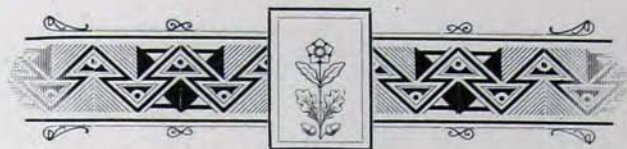
Luis Duprat

Noviembre 1º de 1904.



Monseñor PABLO PADILLA

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX



Mater Immaculata, ora pro nobis

LA devoción á la Santísima Virgen María en el misterio de su Concepción Inmaculada se encuentra tan íntimamente ligado á nuestra vida religiosa, social y política, que parece brotar del corazón de nuestros antepasados con la espontaneidad con que las flores brotan en nuestros fértiles valles, fecundados por los rayos de un sol tropical. Con el conocimiento de las verdades de la fe, anunciadas por los ministros de Jesucristo en estas regiones, nació ese sentimiento de veneración y amor á María y la firmísima convicción de su Concepción Inmaculada.

Las generaciones que nos han precedido desde que se echaron los cimientos de nuestras más antiguas poblaciones, todas aprendieron á venerar y alabar á la Virgen concebida sin pecado original, después del Santísimo Sacramento del Altar, en aquella preciosa oración, llamada *El Bendito*, la primera que los labios del niño balbucean sobre las rodillas de la madre.

En nuestra infancia no acertábamos á separar la flor de su tallo encontrando tan natural que, si bendecíamos y alabábamos la carne sacrosanta de Jesús Sacramentado, la Purísima Concepción de María debía asociarse como causa de aquel efecto que arrebatava nuestro amor y gratitud. Purísima



Monseñor LUIS DUPRAT, Colaborador



Mater Immaculata, ora pro nobis

LA devoción á la Santísima Virgen María en el misterio de su Concepción Inmaculada se encuentra tan íntimamente ligado á nuestra vida religiosa, social y política, que parece brotar del corazón de nuestros antepasados con la espontaneidad con que las flores brotan en nuestros fértiles valles, fecundados por los rayos de un sol tropical. Con el conocimiento de las verdades de la fe, anunciadas por los ministros de Jesucristo en estas regiones, nació ese sentimiento de veneración y amor á María y la firmísima convicción de su Concepción Inmaculada.

Las generaciones que nos han precedido desde que se echaron los cimientos de nuestras más antiguas poblaciones, todas aprendieron á venerar y alabar á la Virgen concebida sin pecado original, después del Santísimo Sacramento del Altar, en aquella preciosa oración, llamada *El Bendito*, la primera que los labios del niño balbucean sobre las rodillas de la madre.

En nuestra infancia no acertábamos á separar la flor de su tallo encontrando tan natural que, si bendecíamos y alabábamos la carne sacrosanta de Jesús Sacramentado, la Purísima Concepción de María debía asociarse como causa de aquel efecto que arrebatava nuestro amor y gratitud. Purísima

Inmaculada, sin sombra alguna de pecado, creíamos ingenuamente que debía ser aquella sangre de la cual el Espíritu Santo formara el cuerpo sacratísimo de Jesucristo, pan de los ángeles, destinado á ser alimento de los hombres.

Así lo creíamos y confesábamos siglos antes de que el juicio infalible de la Iglesia docente definiera dogma de fe divina la Concepción Inmaculada de María, nuestra dulce Madre. Especialmente en los pueblos que componían la antigua Gobernación de Tucumán, encontramos testimonios elocuentísimos de esa firmísima y especialísima devoción á la Madre de Dios, en el misterio de su Concepción Inmaculada.

En el día 8 de Diciembre de 1658 reuniase en Salta el Cabildo J. y R. y en nombre de toda la Provincia y con el Gobernador y Capitán General D. Alonso Mercado y Villacorta, juraban defender: *Que la Virgen María desde el instante de su concepción fué preservada de la culpa original, pura, limpia con plenitud de la gracia de Dios, como escogida y prevenida por el Espíritu Santo para Madre del Verbo Eterno, y para Reina y Señora nuestra y de todas las criaturas; y que si fuera necesario darían la sangre y las vidas en su defensa.*

Treinta años más tarde, en 1688, el Cabildo de Catamarca renovaba aquel juramento, reconociendo á la *pura y limpia Concepción* por Patrona de toda la Provincia, obligándose como el Cabildo de Salta, en tiempo del Gobernador Mercado y Villacorta, á costear los gastos de las funciones con que los pueblos y autoridades deseaban honrar á la Santísima Virgen en su Concepción Inmaculada.

Esta amorosísima Madre mostrábase complacida de estos cultos tributados á su pureza sin mancha, dispensando favores especialísimos así en las calamidades públicas de los pueblos, como en las particulares de sus devotos, de lo cual no puede dudarse leyendo las actas capitulares de uno y otro Cabildo.

La imagen de Nuestra Señora del Milagro en Salta y la de Nuestra Señora del Valle en Catamarca, ambas de la Inmaculada Concepción, eran lo que el Arca Santa para el pueblo de Israel: á ellas acudían los pueblos en las aflicciones y penurias, y por ellas se complacía la buena Madre en

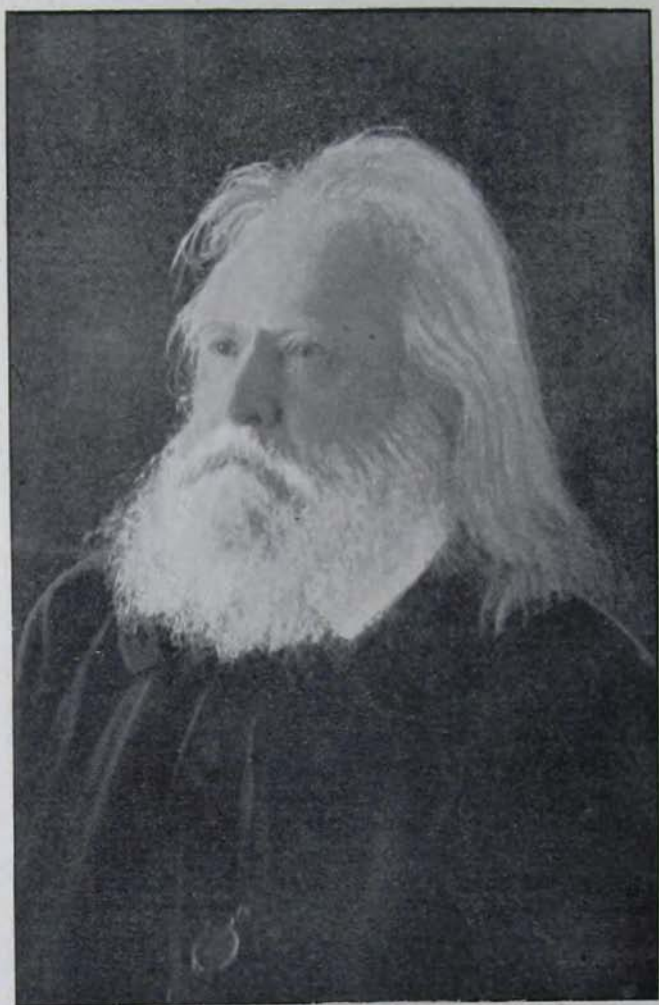
escuchar las plegarias y despachar el consuelo. Mas, donde aparece más patente la protección de la Virgen Inmaculada, es en la defensa de la fe y de las costumbres cristianas de las nacientes poblaciones, amenazadas constantemente por las hordas salvajes. La intervención de la Santísima Virgen salta á la vista, de los documentos de la época á que nos referimos, muy especialmente en las guerras con las tribus del Chaco y en los levantamientos de los indios Calchaquíes.

No dudamos que la devoción de estos pueblos á la Inmaculada Concepción se debe en gran parte á los trabajos apostólicos de los hijos de la seráfica Orden de San Francisco y de la inclita Compañía de Jesús, que fueron los primeros y más asiduos evangelizadores de estas regiones y devotísimos defensores de esta joya la más preciada de la corona de María. Es cierto también que la recibimos de la Madre patria como preciosa herencia, juntamente con la fe y el idioma, que acreditan nuestro honroso abolengo y obligan nuestra gratitud.

En España y sus colonias, todos sentíanse enardecidos por la devoción á la Inmaculada Concepción, y este sentimiento encontró también eco en el corazón del Rey Carlos III, quien solicitó y obtuvo de la Santa Sede para todos sus dominios y señoríos el Patronato de la Santísima Virgen bajo esta advocación, en el año 1760. Más tarde, en 1761, obtuvo también el mismo monarca misa y oficio propio de la Inmaculada Concepción; y finalmente, en 1767, que se pudiera añadir en las Letanias Lauretanas la invocación, *Mater Immaculata, ora pro nobis*, como lo hacemos hasta el presente.

¡Quiera la Madre Inmaculada continuar dispensando su protección á esta República, que se distinguió por su acendrada devoción hacia esta prerrogativa de Ella tan amada, hasta tomar de las vestiduras que la simbolizan los colores de su bandera!

Pablo Padilla
de Tucumán



CARLOS GUIDO Y SPANO, Colaborador

13 de Octubre

Para Su Señoría don Juan de
Pantoja

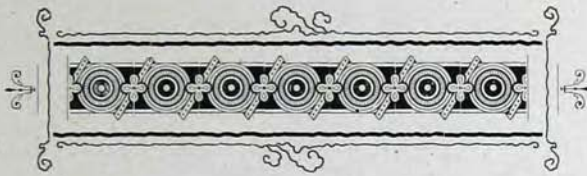
Me pide el Doctor para su
Revista, preparándose á celebrar
en ella un aniversario solemní-
simo ~~noa~~ ~~podemos~~
Anunciada de pies y manos al estel
(y cielo) de la vida y gloria eterna

Delo floris maravilla, en las Tierras de
Santo, y flores lirios de las valles bellas.
Fruentes en el altar de María gloriosa
Para cantar de gloria de la meditación el hay
de David, y no poro sino una humilde
cetera de la gloria, como recuerdo de otros tiem-
pos. Ojala, Fr. Pacifico, de su jornada, de su vida
de talento y sabre, su vida y triunfo en su
glorificación á nuestra madre celestial.
Siempre affino

Carlos Quiroga y Sangu



Canónigo IGNACIO JOSÉ YANI, Colaborador



Ipsa conteret caput tuum

LA consoladora á la vez que terrible sentencia del Eterno que resonó en el Paraíso después de la malhadada culpa de nuestros primeros padres, causando en el Averno espantosa confusión, no se habria realizado en absoluto, como correspondía, si la Mujer que había de aplastar la sierpe infernal—el poder del espíritu de las tinieblas—le hubiese estado sometida por el pecado, aunque sólo durante brevisimos instantes. ¡El triunfo de la Mujer profetizada, el triunfo de María, debía ser completo, absoluto; la mancha original no podía proyectar sobre Ella ni siquiera su fatídica sombra!

La misión de María, por otra parte, su carácter excepcional de Madre del Verbo, exigía la mayor pureza, la mayor perfección, y estas exigencias no se concilian con el dominio del pecado original en aquella alma por tantos y tan singulares títulos, privilegiada. Estas reflexiones, profundamente filosóficas y teológicas, sugirieron al inmortal Escoto, el Doctor sutil de la esclarecida Orden Seráfica, el insigne Defensor de la Inmaculada Concepción, aquel célebre raciocinio que pasmó á todos los sabios de su tiempo: *Potuit, deuit, ergo fecit.*



ANTONIO RASORE Cura de la Merced, Colaborador



El Misterio de la Inmaculada Concepción no fué nunca una novedad, porque la verdad es eterna. Se oculta en la Mente de Dios; en el comienzo del tiempo, se alberga en forma de dulce esperanza, en el fondo de los humanos corazones, y se encarna más tarde en las páginas del Antiguo Testamento; se realiza el estupendo Misterio cuando ha sonado para la raza de Adán la hora de la Redención, y se conserva cual inestimable tesoro en el seno del Cristianismo, al calor y á la luz de la Tradición y de las Santas Escrituras del Testamento Nuevo. ¡Ha llegado la hora solemne para el sublime Misterio! y se revela en todo su esplendor el 8 de Diciembre de 1854, encarnado en el verbo infalible de Pío el Grande, irradiando como un sol que ha disipado la densa niebla que le servía de envoltura, é iluminando con sus fulgores hasta los últimos confines del universo.

Van á cumplirse diez lustros de que resonó en Roma la voz augusta del Pontífice, y desde aquel día de imperecedera memoria, vienen acrecentándose de año en año los cultos de la Mujer extraordinaria. La música, la pintura, y la escultura, la teología, la filosofía, la poesía y la elocuencia se prestan sus argumentos y sus más ricas galas para celebrar la pureza de la Mujer Grande por excelencia, é incesantemente se eleva de todos los puntos del globo, hasta el trono de la excelsa Reina, en todos los idiomas y dialectos, himnos llenos de santo júbilo y plegarias impregnadas de fervor ardiente; manifestaciones de fe y de piedad filial á que Ella corresponde generosa con torrentes de gracias y de prodigios. Su poder y su misericordia se ostentan singularmente en la santa montaña de Lourdes, desde donde parte, cual eco del cielo, una exclamación reveladora, que corre con la rapidez del relámpago, y conmueve y sacude como el fragor del trueno, á los creyentes y á los incrédulos: ¡YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN!

Hoy el humilde Pío X, recogiendo los votos de su preclaro antecesor, el sabio León XIII, hace brillar con nuevo esplendor á la faz de las naciones la gloria de María, recordando al mundo el dogma inefable proclamado por Pío IX, y desde los cuatro puntos cardinales, en las montañas y en los valles, en las aldeas y en las populosas ciudades, en las

selvas y en los mares, resuena entusiasta y delirante un nuevo cántico á la Mujer divina, la única que puede ostentar sobre su frente la diadema de la más augusta de las madres, y mostrar á la vez en sus manos el cándido lirio de la más pura de las vírgenes. A este cántico de los mortales, los hijos de la Iglesia Militante, se asocian los espíritus de la Iglesia Paciente; los patriarcas, profetas, mártires, vírgenes y confesores, con todas las generaciones angélicas de la Iglesia Triunfante; y si en los millares de soles que giran en la inmensidad de los espacios, viven seres inteligentes, ellos también toman parte, sin duda, en este colosal concierto, celebrando todos á porfía, el triunfo de la Virgen sobre el infernal dragón, confesando con ardiente fe é indecible regocijo, que la Madre del Cristo fué concebida sin la mancha del original pecado.

Antonio Rasore
Escritor de la época

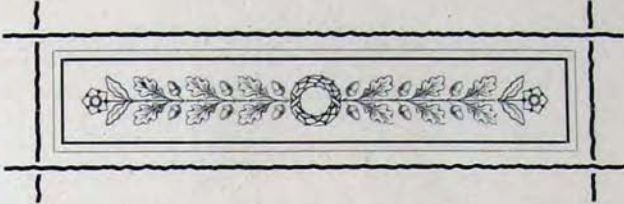
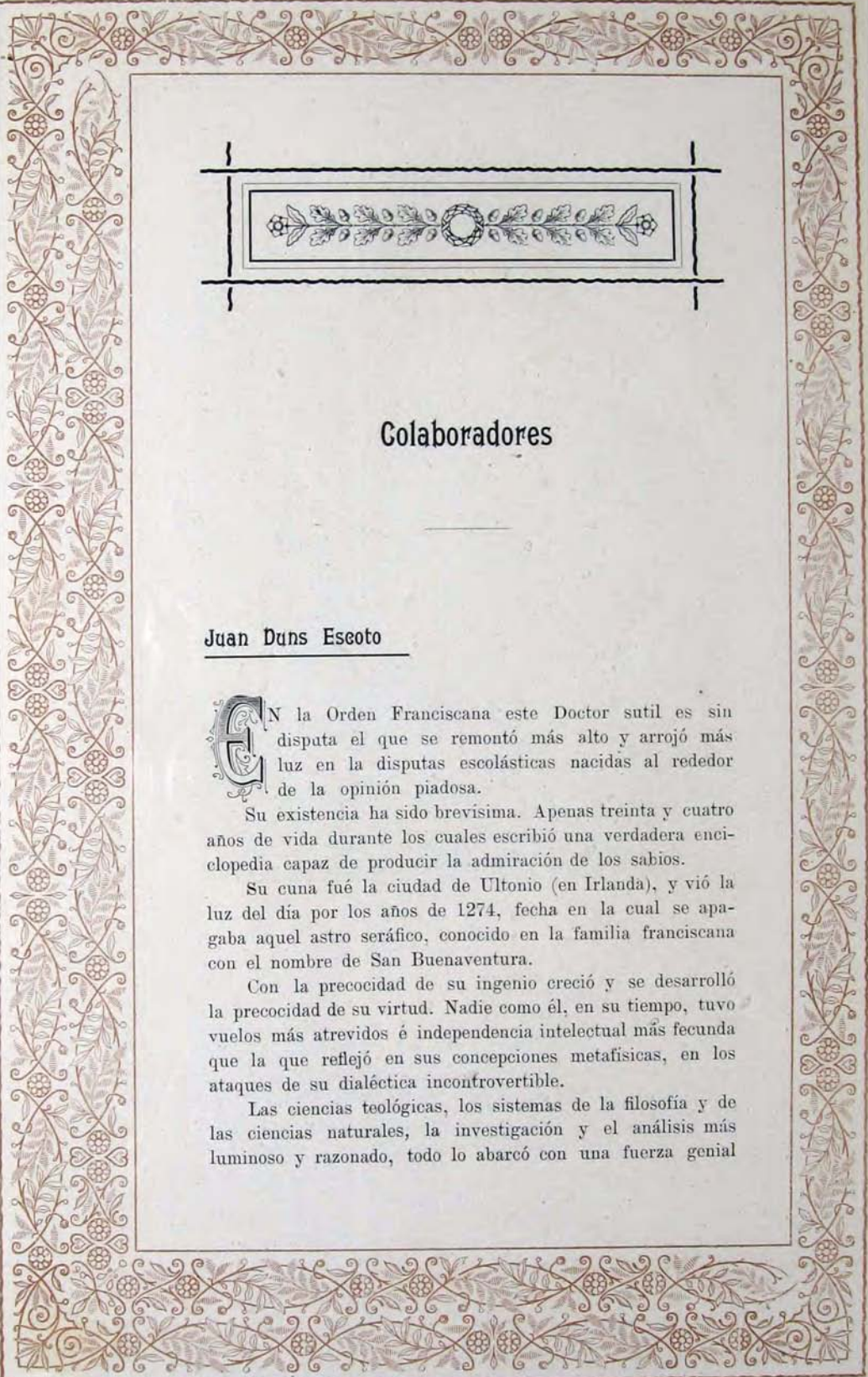
Buenos Aires, Noviembre 15 de 1904.





La VIRGEN de Guido Reni





Colaboradores

Juan Dqns Escoto

EN la Orden Franciscana este Doctor sutil es sin disputa el que se remontó más alto y arrojó más luz en la disputas escolásticas nacidas al rededor de la opinión piadosa.

Su existencia ha sido brevisima. Apenas treinta y cuatro años de vida durante los cuales escribió una verdadera enciclopedia capaz de producir la admiración de los sabios.

Su cuna fué la ciudad de Ultonio (en Irlanda), y vió la luz del día por los años de 1274, fecha en la cual se apagaba aquel astro seráfico, conocido en la familia franciscana con el nombre de San Buenaventura.

Con la precocidad de su ingenio creció y se desarrolló la precocidad de su virtud. Nadie como él, en su tiempo, tuvo vuelos más atrevidos é independenciam intelectual más fecunda que la que reflejó en sus concepciones metafisicas, en los ataques de su dialéctica incontrovertible.

Las ciencias teológicas, los sistemas de la filosofía y de las ciencias naturales, la investigación y el análisis más luminoso y razonado, todo lo abarcó con una fuerza genial

imposible de ser igualada por ninguno de los escolásticos de su tiempo.

Entre las especulaciones de Escoto, según un biógrafo, hay tres principales que han triunfado definitivamente y que, por lo tanto, han venido á ser admitidas por gran número de teólogos y ascéticos modernos. Es la primera la creencia en la Concepción Inmaculada de Maria, la segunda su célebre hipótesis, según la cual el Verbo se hubiera encarnado aún sin el pecado de Adán, y la tercera, que sirve como de base á toda la Escuela Franciscana y forma el conjunto de su doctrina, el imperio de la voluntad como facultad más noble, sobre la luz de la inteligencia.

De este último punto, arranca sin duda, el antagonismo que inteligencias mediocres creyeron descubrir entre el Angel de las Escuelas, Tomás de Aquino, y el Principe de la Escuela Franciscana, Duns Escoto.

En la filosofía, es cierto, según Escoto, la voluntad obtiene el primado sobre todas las facultades humanas, mientras que, según Santo Tomás, el cetro corresponde á la inteligencia; pero de ninguna manera esta disparidad de principios es motivo para que se clasifiquen de antagónicos á dos sabios que, partiendo de puntos distintos, llegan, no obstante la diversidad de camino, al mismo fin.

«Los dos convienen en los axiomas filosóficos y teológicos—ha dicho un sabio—conuerdan en la admisión de los mismos teoremas científicos y sólo establecen dualidad en las teorías dudosas, en las cuestiones secundarias, para cuya resolución nos ofrecen las dos escuelas que fundaron diversidad de procedimientos.»

La nota más alta de la vida de Escoto data de la famosa disputa de mil trescientos cinco.

Por orden del Sumo Pontifice Clemente V y del general de la Orden, Gonzalo de Balboa, el joven maestro se dirigió á la Sorbona y en presencia de ilustres académicos, sostuvo y defendió con una fuerza teológica circundada de claridad meridiana la doctrina de la Concepción Inmaculada de Maria. El triunfo universitario fué ruidoso.

Sobre el campeón llovieron las coronas, los aplausos; y desde esa hora también la emulación, y más bien dicho la



La INMACULADA de F. Iltembach

envidia, principió á herir con sus ponzoñosas estocadas al sabio y al apóstol, defensor invicto de la pureza original de Maria.

Con esta victoria Escoto no hacia otra cosa que dilatar, sin quererlo y sin pretenderlo por su modestia, las fronteras de su fama.

Las universidades de Oxford, de Colonia, de Paris, le ofrecian sus cátedras y no era dificil ver bajo el techo de sus aulas diez mil, hasta treinta mil discípulos, pendientes de las enseñanzas de su labios.

Las muchas ediciones de sus obras, la consulta que de ellas se hizo en los concilios Florentino y de Trento, el catálogo inmenso de sabios que registraron sus infolios, y de su doctrina bebieron su savia, son otros tantos comprobantes de su pujanza genial, de su vida sin mácula.

La calumnia no respetó su tumba, y detractores tan perversos como Pablo Jovio y Abrahám Bzovio intentaron eclipsar el brillo de su diáfana santidad. En pos de ellos y á tiempos muy remotos de la hora de esta tumba aparecieron nuevos impugnadores que, como Zeferino González que lo llamaba el segundo Kant, como Pidal y Mon que lo hacia reaparecer con un corazón saturado de envidia para con su rival Santo Tomás, y precediendo á estos dos, Renan, con frase despreciativa y burlona, clasificando de legendaria la hermosa odisea de esta vida tan llena de metafísica, de fisiología, de estética y de un lirismo plácido y encantador.

Felizmente, el genio ha triunfado de los detractores que le persiguieron hasta en el silencio de la tumba y como en el día inmortal de la Sorbona, de nuevo, en la gran academia de la historia, reaparece victorioso evocado por los apologistas, llamado por los filósofos, y encumbrado sobre el cielo de la santidad por el instinto de las masas y el justo y prolongado concierto de los siglos.

A pesar de todo, Escoto será el doctor de la metafísica más profunda y elevada, siempre el silogista que desmenuza y pulveriza el argumento y siempre el adalid de la causa Mariana, el defensor más genial é iluminado en la justicia de su dogma.

En las tendencias modernas hacia el escolasticismo, muchas escuelas de sabios y pensadores inquietos le buscan para la clarificación de las sombras.



La ASUNCION de Löffler

Su doctrina, después de haber obtenido cátedra propia en las más célebres universidades del mundo como Paris, Oxford, Colonia, Padua, Roma, Coímbra, Cervera, Lovaina, Bolona, Ferrara, Pisa, Turin, Berna, Méjico, Toledo, Sevilla, Mallorca, Alcalá y Salamanca, en los tiempos modernos, es comentada, expuesta y defendida por hombres tan eminentes como Sgambati, Ollier, Faber, Ráulica, Gatry, Argestan, Gay, Bertrand y los cardenales Pié y Berulle, aparte de otros muchos de imposible recordación en estas líneas.

Concluimos recordando esta estrofa dulcísima arrancada al lirismo de Verdáguer:

Con Duns Escoto el mundo percibia
El aroma del lirio celestial
Y exclamaba postrado: *Sois Maria*
Concebida sin mancha original.

San Buenaventura

Este doctor de la Orden Seráfica pertenece al siglo del escolasticismo. A los veintidós años de edad ingresó en la familia seráfica. El voto de su madre que lo consagraba al Pobre de Asis por haberle librado de la muerte en los primeros días de su adolescencia y sus tendencias monásticas, le llevaron al claustro, donde se destacó por su virtud y sabiduría.

San Buenaventura fué discípulo de Alejandro de Hales, dictó filosofía y teología en la universidad de Paris, y en crecidos volúmenes condensó su vastísima erudición, su ciencia más infusa que adquirida.

Exposiciones, comentarios, sermones, forman el valioso material de sus obras, caracterizadas por un misticismo angelical, por una dulzura seráfica que lo levanta sobre los demás escolásticos de su época.

Devoto fervorosísimo de la Santísima Virgen, conságróle sus notas más dulces, y no pocas de las armonías de su trova.

Elevado á la dignidad cardenalicia, después de regir por muchos años los destinos de su Orden y de batallar por la defensa de los institutos mendicantes, consagró todos sus esfuerzos á la unión de la iglesia griega con la latina. En el concilio de Li6n logr6 el 6xito de sus esfuerzos y con palabra c6lida, llena de unci6n ser6fica, celebr6 este acontecimiento poniendo en sus labios este acento de un profeta : *Sal, Jerusalem, sube á la colina y mira á tus hijos reunidos del Oriente al Occidente.*

Antes de terminar las sesiones del concilio falleci6 el camp6n de la gran cruzada y sobre su tumba fueron á caer las l6grimas de la cristiandad y el llanto de sus pastores. Contaba el d6a de su muerte cincuenta y tres a6os de edad.

Sus obras se popularizaron notablemente. En el Concilio Florentino sirvieron de consulta para las materias m6s dif6ciles; y 6ltimamente, en ocho elegantes infolios, fueron de nuevo editadas por los padres franciscanos de Quaraqui.

San Antonio

El taumaturgo que recuerda este nombre representa la primer fuerza intelectual de la Orden.

El instituto franciscano reci6n nacia, sus filas se acrecentaban con la difusi6n del Evangelio que predicaba Francisco, y este hijo de Lisboa, can6nigo primero de San Agust6n y luego fraile de la Orden mendicante, tomaba asiento en la primer c6tedra del instituto y dictaba con aplauso de todos las lecciones de la sagrada teolog6a.

Como su vida fu6 m6s de predicaci6n que de c6tedra, de vida activa, que de retiro mon6stico, consagr6se menos á la pluma que á la palabra apost6lica. Sin embargo, escribi6 algunos sermones sobre las dominicas del a6o, comentarios de varios salmos y una exposici6n del Cantar de los Cantares, de entre la cual extraemos la p6gina que publica esta revista. La sencillez del estilo y la claridad del concepto campean en sus varios escritos. Despu6s de la edici6n de La Haye, ya



MATER DULCIS de Roche



antigua y de adquisición sólo fácil á los bibliógrafos, se impone una moderna, expurgada y comentada por un admirador del talento de este santo.

Acaso no esté lejano el día en que su figura se destaque entre los doctores del Cristianismo.

San Bernardino de Sena

En los anales franciscanos de los siglos catorce y quince se destaca genial este hijo de la milicia seráfica.

Su cuna fué la ciudad de Masa, y al cumplir doce años, sus padres lo trasladaron á Sena en donde, bajo la dirección de inteligentes maestros, modeló científicamente las dotes de su intelecto. Una rara inclinación á la virtud, una aplicación constante al estudio lo impulsaron á la sombra de un claustro franciscano, bajo cuyas bóvedas efectuó su desposorio con la pobreza.

En su época nadie le aventajó como predicador y como propagandista de la ley evangélica. Tomar el mapa de la península italiana y señalar al paso las diversas porciones geográficas que la compone, equivale á enumerar todos los lugares donde vibró su acento apostólico y quedó, indeleble, para siempre marcado, más de un rasgo de su empuje de tauraturgo.

Tres mitras, la de Sena, Ferrara y Urbino cayeron á sus plantas, los papas lo llamaron para sus consejos, y en legaciones, embajadas que supo desempeñar con talento, granjeóse generales simpatías que difundieron por la Europa la fama de su nombre.

Entre sus diversas producciones sobresalen sus sermones marianos.

La dulzura de San Bernardo y la elocuencia de San Juan Crisóstomo destilaban, por decirlo así, de sus labios ungidos.

La devoción á la Madre de Dios y el culto al nombre de Jesús idealizaron su vida y permitieron que pronto, á cinco

años de abierta su tumba, la voz de Nicolás V lo elevara al honor de los altares.

Al principio del siglo diez y seis se editaron sus obras, y con este acto de justicia póstuma á uno de los más preclaros talentos, se enriqueció notablemente la bibliografía franciscana.

Venerable Madre Agreda

Es un blason de la segunda orden franciscana esta mujer ilustre que se immortalizó por sus virtudes y las elevaciones de su carácter.

Una ciencia infusa, una revelación de los eternos arcanos caídas ambas sobre su inteligencia sin mácula, convirtiola en una doctora mística más genial que Santa Teresa de Jesús, tan profunda y luminosa como un santo padre.

Los éxtasis la sorprendieron casi en su cuna.

Al cumplir doce años consagróse á Dios con voto de castidad perpetua, y desde entonces el sayal de la clarisas se encargó de guardar este vaso de perfumes transparente por la diaphanidad de su ternura.

Después de cuarenta y seis años de vida religiosa y de treinta y cinco años de prelación, dejó de existir en el convento de su ciudad natal con cuyo nombre se immortalizara.

Bajo el cielo de Castilla la Vieja difícilmente brilló un astro de más intensa luz que el evocado al correr de esta pluma. No es el caso de analizar sus producciones; apenas nos es dado insinuarlas como el mejor exponente de su talento. Pero, ¿quién duda que la autora de *La mística ciudad de Dios*, obra llena de arcanos, de luces teológicas no acusa un espíritu superior agigantado por la ciencia divina caída de lo alto?

Por muchos siglos se discutió su talento, se hicieron motivo de celos y rencores sus producciones geniales; pero, al fin, como todo lo que vale, ellas sobrevivieron á las luchas, á los embates, y en el día de hoy, dentro del Cristianismo, son objeto de consulta por los eruditos y los sabios; caso raro en las personas de su sexo.



REFUGIUM PECCATORUM .de Crossio



Fr. Pantaleón García

De la elocuencia sagrada en América, es este religioso franciscano, hijo de Buenos Aires, acaso el que se destaca con líneas más altas y vigorosas.

Sus sermones fueron impresos en Madrid en 1810, y los preceptistas españoles los incorporaron á las producciones de sus clásicos.

El P. García regentó por muchos años la universidad de Córdoba, dictó las enseñanzas sagradas en su convento de Buenos Aires, y logró en su época conquistarse una aureola digna de su talento y de su virtud.

Leyendo sus oraciones, sus panegíricos, parece que en parte nos es dado vislumbrar algo del genio de Bossuet. El concepto teológico, el recuerdo histórico, el texto bíblico, todo manejado con gran maestría, nos permite suponer la magnitud de sus triunfos, los efectos deslumbrantes causados por su palabra al vibrar desde las alturas del púlpito.

Con su muerte, la Orden Franciscana perdió uno de sus representantes más conspicuos en las regiones del Plata.

Fr. Francisco de Monte Alverne

El Brasil no ha producido un orador más elocuente que Fr. Francisco de Monte Alverne.

Nació en Río de Janeiro en las postrimerías del siglo diez y ocho.

En la capital del imperio se alistó en la familia seráfica, y desde el retiro de su celda, con su inteligencia, principió el comercio con los sabios, con los oradores, y con publicistas que, hablando desde el silencio de los libros, deleitaron sobre manera su corazón.

Los discursos de Monte Alverne pasaron en triunfo toda la América. No se pueden leer sin admirar la brillantez de

la imagen, la fuerza del estilo, la majestad de la forma, alimentado todo ello por una alma honda y esencialmente sensible.

Quando la ceguera principió á debilitar su vista, á privarle de esa luz que traía un rayo de consuelo á su celda, entonces en presencia de los amigos y de los sabios que le rodeaban dejaba caer estos lamentos pronunciados como Job con el sinsabor de la elegía: «No es dado al hombre apreciar las agonias de mi corazón en ésta horrible peripecia de mi vida. Dios acerca á mis labios la copa de los dolores, y acaso no están agotadas aún las heces del martirio.»

Ciego, y con la esbeltez de su figura, en 1854 reapareció en el púlpito de la capilla imperial. Don Juan VI y su corte escucharon el último canto del cisne, y al apagarse su voz, el Brasil vió llegar á su ocaso al más brillante de sus predicadores.

Murió en 1857, querido de todos sus conciudadanos y después de ser aclamado por la institución «Ensayo filosófico de Rio Janeiro» como el representante más genuino de la filosofía en el Brasil.

El P. Monte Alverne pertenecía á los principales institutos científicos del mundo.

Fr. Mamerto Esquiú

En la intelectualidad del país, el Padre Esquiú brilla intensamente con luz propia. La cuna de su fama no se puede olvidar.

El discurso de la Jura de la Constitución, ese bautismo de elocuencia caído sobre nuestra carta fundamental, lo presenta como pensador profundo que supo revestir la magnitud de la idea con la eflorescencia del lenguaje.

Este hijo de Catamarca, que se sentó en la legislatura de su provincia natal, que renunció obispados, que apagó con su dulzura incendios de hogueras fratricidas, brilló siempre en las alturas; pero jamás, cosa rara, mareo alguno de vanidad logró hacer bambolear el cimiento de su virtud.

Las cartas pastorales del obispo de Córdoba, las pláticas que la piedad le arrancaba á sus labios, los muchos artículos publicados en hojas periódicas que sentían el calor de su mano, testificaron, ante propios y extraños, la mucha ciencia que ocultaba modestamente en el santuario del corazón.

No quiso ser un genio teniendo potencia sobrada para serlo. ¿Es un delito? ¡Felices los que, como el P. Esquiú, se niegan á sí mismos y sólo se reconocen polvo ante la presencia de Dios!

Sin quererlo, escalan la cumbre, y desde allí se reaperecen geniales, llamados así por la justicia de la posteridad.

Bartolomé Mitre

El general Mitre no es, por cierto, un ortodoxo. Pudo haber llegado á las claridades de la fe, pero se detuvo en el camino, deslumbrado por sólo el resplandor de la razón.

En las ciencias sagradas, sin embargo, es un erudito. Ha hojeado los libros teológicos, los comentaristas de la Escritura, y esto le ha permitido, sin duda, ensayar la traducción de los poemas del Dante vertiendo al español *La Divina Comedia*. En esta empresa, Mitre se ha levantado por encima de todos sus rivales.

La obra será imperfecta, la crítica observará el detalle, el verso incompleto, la rima escasa de sonoridad y de fluidez; pero, en conjunto, el trabajo le honra, le enaltece y le hace digno de la fama que goza entre los literatos de América.

Su traducción del Canto á la Virgen, que hoy reproducimos en fotograbado por una gentileza del noble anciano, es una digna página, puesta por su pluma, al pie de María.

Oswaldo Magnasco

El doctor Magnasco es todo un intelectual. Difícilmente entre los argentinos de su generación, habrá quien le supere en la belleza del pensamiento.



LA VIRGEN de Signana



Con el estudio de los clásicos y con la paciente elaboración de la idea, se ha formado un arsenal de conocimientos profundos y envidiables.

Su elocuencia es nativa. De sus labios la palabra se desprende sonora, cristalina. El parlamento argentino recuerda sus triunfos. Su razonamiento aparece siempre revestido de pompa y elegancia. El idioma del Lacio matiza hermosamente sus discursos. Las traducciones de Horacio acusan su competencia, la vasta preparación de sus estudios.

Cuando ellas vertidas al idioma de Cervantes, vieron la luz pública, la crítica de allende los mares, en España, acogiólas con simpatía.

En *Mater alma*, el distinguido publicista y político de nota que bosquejamos al vuelo de esta pluma, ha dejado así como una eflorescencia de su talento.

Angel Estrada (hijo)

El autor de *El Color y la Piedra*, *Alma nómada*, y otras producciones literarias, ocupa un sitio de honor entre los escritores del país.

Estrada, más que vida social, hace vida literaria. Su vinculación con los principales escritores franceses, y sus prolongadas estadias en París, dan á sus producciones un tinte de modernismo, no á todos simpático, pero sí de alta y brillante seducción.

Del arte, de la poesía y de la literatura posee amplios conocimientos que, al llevarlos al papel, alguien diría que los incrusta con un cincel de diamantes. Más que el fondo, en sus obras se destaca el ornato de la forma. *Vidriera* y *Sancta Virgo Virginum*; con que el EL PLATA SERÁFICO engalana sus páginas, atestiguan el modernismo de su talento.

Fr. Zenón Bustos

Entre los franciscanos del Río de la Plata, el P. Bustos ocupa un sitio de distinción. Las dotes intelectuales que le

adornan son de todos reconocidas. En folletos, en hojas periódicas, en páginas de revistas, ha dejado más de una huella de su talento. Ultimamente dió á la publicidad su segundo tomo de los *Anales de la Universidad de Córdoba*. En el retiro de su celda prepara el complementario de este trabajo, obra de aliento y de positivo valor histórico.

Su promoción al obispado de Córdoba le ofrecerá, sin duda, ancho campo para el ejercicio de su intelectualidad y empuje de su celo.

Dr. Estanislao Zeballos

No necesita de presentación el distinguido fundador y director de la *Revista de Derecho, Historia y Letras*.

Su actividad intelectual es asombrosa. Páginas de literatura, de historia, de sociología, de jurisprudencia, de vida doctoral y diplomática, todo ha salido de la pluma del Dr. Zeballos, acusando una inteligencia fecunda, una voluntad tenaz, un entendimiento de proyecciones y de alto vuelo.

Una evolución hacia el Catolicismo, completaría en el sabio publicista argentino los esfuerzos intelectuales que caracterizan su vida, los aleteos de su preclara inteligencia.

José Ignacio Yani

Más que escritor, es predicador de nota y propagandista del credo en que milita.

El P. Yani es infatigable en su apostolado. Las instituciones obreras, los centros de acción y de vida católica lo cuentan entre sus más pujantes adalides. En el periodismo combate siempre con oportunidad y con acierto. De su pluma la frase se desprende espontánea, revistiendo siempre una idea clara y luminosa.

De las provincias argentinas pocas son las que no haya visitado, dejando en todas ellas lampos de su elocuencia.

Monseñor Luis Duprat

Podemos decir que es todo un pensador el digno Vicario general de la Arquidiócesis.

Su estilo refleja siempre su lozania intelectual. Es capaz de sondear grandes cuestiones y revestirlas con la pureza más absoluta del lenguaje.

Monseñor Duprat en *La Unión, Artes y Letras*, y otras publicaciones de esa índole, oportunamente supo con ventaja militar por la causa de la verdad.

En sus sermones, siempre sobrios y bien cortados, brilla una luz: el pensamiento.

Monseñor Pablo Padilla

En el episcopado argentino se destaca por su vasta preparación intelectual.

Hijo de Jujuy, ama con apasionamiento la tierra de los naranjos, acaso no tanto porque puede sentir el perfume de los azahares, cuanto porque hasta sus bosques llegan brisas del Ambato murmurando encantos de la Virgen del Vallé.

En sus pastorales y en sus pláticas, puede hacerse notar la sobriedad del lenguaje y la pureza de la doctrina. Con gusto insertamos, entre las colaboraciones, la que su pluma, firme y discreta, ha escrito para el número especial de esta revista.

Carlos Guido y Spano

El vate de caballera griega, desde su retiro, nos honra con una ráfaga de perfumes.

No pudo escribir *in extenso* una colaboración; pero, en cambio, en lacónica misiva que en homenaje al autor de

Hojas al Viento, reproducimos en fotgrabado, cincela una plegaria á Maria que dice bien en el lirismo de sus labios.

Por lo que hace á las referencias personales, el autor de estas líneas ha creído que la benevolencia de los lectores sabrá explicarlas.

Mutilar una esquela de Guido, importaria mutilar las líneas de una estrofa.

Antonio Rasore

El celoso párroco de la Merced es una de las ilustraciones del clero nacional.

Las tareas de su feligresía, y en parte la característica de su modestia, le retienen en el silencio de su despacho sin escalar las gradas del púlpito en donde podía brillar con dotes sobresalientes.

En *La Buena Lectura*, revista que hace años dirige con acierto, nos permite leerle en muchas de las producciones de su intelecto.

Con este semanario y su biblioteca de la Merced, ejerce en nuestra metrópoli una saludable propaganda digna de aplausos por su eficacia en la mejora social.





BUENOS AIRES

Tip. y Lit. del Colegio Pío IX de Artes y Oficios

